

BOLETIN
DE LA
REAL SOCIEDAD GEOGRÁFICA

CONTRA EL PRINCIPIO DE LAS NACIONALIDADES ⁽¹⁾

CONFERENCIA

leída en sesión pública de la Sociedad, el día 2 de Febrero de 1920
por el Sr. D. Abelardo Merino Alvarez.

SEÑORAS Y SEÑORES :

Marte ha envainado su espada. La temerosa y ronca voz de los cañones ha callado. La última pasada guerra es una de esas sacudidas, hondas y radicalísimas, en que surgen y mueren Imperios, se crean y desaparecen conceptos sociales y políticos, se expanden ideas y cambian los humanos sus orientaciones. Lamentables son los daños sufridos, espantosa la copiosísima sangría con que las naciones más cultas vertieran á torrentes el jugo de sus arterias. Pero estas convulsiones, estos estremecimientos, acompañan en el Universo á toda gran creación: hubo desgarramientos porque los hay en los momentos angustiosos de toda génesis, como si el dolor fuera el obligado acompañante de la maternidad.

(1) Para este trabajo se ha tenido en cuenta el *Nuevo mapa de Europa*, editado por Kunzli Hermanos, S. A., Zurich.—Suiza.

Véase también el interesante mapa que acompaña al concienzudo estudio del Sr. Beltrán y Rózpide *Nuevas nacionalidades en Europa*.—2.^a edición.—Madrid, 1919.

Y en el mundo nuevo que ha venido á luz, si no logra próspera vida ese soñado ideal de la Sociedad de Naciones, del que ya en otra ocasión hemos hablado, si no se consigue que queden plenamente imperantes el Derecho y la Justicia, al menos pregónase por los vencedores una magnanimidad asombrosa; su obra no es de venganza y odio. Los oprimidos son llamados á la libertad y á la vida. Y á la fuerza evocadora de mágico conjuro aparece en el mapa una falange de Estados que habían luchado heroicamente por su existencia y que yacían sometidos á cadena bárbara. Las cicatrices de las torturas pasadas son gloria para el presente y para el futuro. La radiante constelación brilla con hermosísimos fulgores; de senos milenarios se desprenden esas nacionalidades que hacen su presentación cual arrogantes vírgenes, llevando cada una en su frente un manantial de ideas nuevas, en sus ojos y en sus labios la alegría de la infancia, en su cándido pecho un fuerte corazón.

Y en ese coro magnífico mezclan sus voces, á la vez juveniles y llenas del espíritu de las centurias pretéritas, Finlandia, Esthonia, Letonia, Lituania, Polonia, Checoslovaquia, Yugo Eslavia, un Austria y una Hungría independientes, Ukrania, Georgia, Armenia, la República del Cáucaso, el Adherbeijan, la Siria.....

Allá entre las brumas del septentrión aparece la granítica Finlandia, eternamente bella, ornada de un millón de encantadores lagos. Junto á la roca y sobre el tapiz de musgos álzanse las selvas impenetrables. El Vuoxen al correr desde el Saima al Ladoga, dos verdaderos Mediterráneos de agua dulce, estréchase de repente, y en las cascadas del Imatra se convierte en un trueno, en ciclón blanco, en una tempestad de rugidos y de espuma. El hijo de Finlandia, del que ha dicho Topelius que es «un niño bien dotado á cuya educación no se ha atendido», no se siente ruso, no es eslavo ni de corazón ni de raza: es uralo-altaico, fino-ugriano, como quiere Cahun, hermano del lapón, del samoyedo, del cheremiso, del bachkiro, del vo-

gul, del madgiar y de la misma familia que los turcos, que los manchús y que los mongoles. En su idioma suave, sintético, rico en vocales y diptongos, lengua en fin gratísima al oído, entona, acompañándose de las armonías del kántelo, himnos populares ó los versos de el *Kalevala*, poema idílico, epopeya con heroísmos y con amor, recuerdo de tiempos muy remotos. Y en ese mismo idioma los finlandeses, que sostenían en el lejano Michigan un periódico como débil eco de su patria europea, quejáronse de la tiranía rusa y añoraban, por boca de Hjalmar Procope, horizontes más venturosos: «Hemos tomado nuestra determinación; estamos decididos á vivir, aunque el Asia entera quiera ahogarnos. No esperemos una dorada primavera, ni granjas ni graneros repletos; aguardemos años de lucha y de adversidad; la época de los hunos. Pero acordáos ¡oh gente de la fuerza bruta! de vuestros crímenes, que habréis de expiar algún día. La Finlandia no se resignará siempre á brillar, piedra preciosa, en la corona de un extranjero».

Al Sur del golfo finlandés vése hoy, como República aparte, á la Esthonia, la tierra de los esthos, también de raza y lengua finesas. Dormían, el idioma y el pueblo, dominados por el influjo de los ciudadanos alemanes ó por el poder moscovita. De pronto despertó el sentimiento nacional; aparecieron periódicos, escritores, profesores, políticos que predicaron la independendencia. Fué una cruzada de liberación: el gran puerto de Revel cambió su nombre por el indígena de Harria; en el interior, la universitaria ciudad de Dorpat llamóse Tarto. Los esthos imperan hoy en lo que titulan Maa Mees, «nuestro país», y se sienten felices y orgullosos.

La Lettonia es la tierra de los lettos, lettones ó *latvis*. En su territorio frío, de lúgubre monotonía cuando el invierno cubre la llanura de nieve, veíanse despreciados, humillados ante los rusos y ante los alemanes, que disfrutaban de los mejores empleos ó poseían los grandes dominios. Los lettos han recuperado su patria, aquella plani-

cie á trechos pantanosa, quebrada á veces por algunas colinas, llena de despojos de origen glacial, arena, arcilla, grava ó bloques erráticos. En la campiña y en sus dos grandes urbes—Riga y Mittau (ahora Jelgava)—se oye el letton, idioma venerable y hermoso.

Más al Sur ha reaparecido la antiquísima Lituania, que aun en fecha muy reciente no era otra cosa sino «la ruina de un antiguo pueblo numeroso y fuerte». Estos lituanios, juntos con sus hermanos de raza, los lettones y los prusianos primitivos, ocuparon enormes extensiones de terreno. Subyugados los lettones por los caballeros Porta-Espadas, vencidos y asimilados los prusianos por la Orden Teutónica, la Lituania no sólo permaneció libre, sino que en los siglos XIV y XV engrandeciósese con la conquista, formando desde el Báltico al mar Negro el Estado de mayor superficie en la Europa de aquellas centurias. La Lituania luego uniósese con Polonia, y sufrió á partir de esta unión una polonización intensa, á la que ha seguido una rusificación enérgica y dura. En este país de pantanos, de lagos innumerables alimentados durante el verano por las lluvias, de las arenas blancas puerulentas mezcladas débilmente con arcilla (*podzol*) que no produce más que yerbas, ó de los interminables bosques «solitarios, profundos, negros, infinitos», como el de Torre Blanca (*Biela Vieja*), donde el Gobierno imperial cuidaba los últimos bisontes de Europa; en esta Lituania tradicional escuchábase un verbo tan antiguo que, según se dice, los campesinos pueden aún entender frases sanscritas compuestas por los sabios. Elíseo Reclus afirma que «si el valor de una nación, en el conjunto de la humanidad, se hubiese de medir por la belleza de su lengua, los lituanios estarían en primera fila entre los habitantes de Europa». Los lituanios, como los lettones, no son eslavos, son, entre los arios, una raza aparte que, en opinión de Denis, aunque pertenece al grupo de los germano-letto-eslavos se separó de estos últimos, después de los germanos en fecha remotísima. Pero la lengua lituana, tan poética, tan so-

nora y tan opulenta, retrocedía, perdía terreno como la misma Lituania, absorbida por sus vecinos del Oeste y del Este. Poszka, Drukantas y el Obispo Valanczewski emprendieron la obra del renacimiento. La nueva literatura hízose sobre todo nacionalista. Kudirku escribió *Tevynes Vaspai* («Las campanas de la patria»), y compuso el himno lituano *Lietuva tevyne musu* («Lituania, patria nuestra»). La segunda mitad del siglo XIX fué de persecuciones y amargos sufrimientos, que hicieron emigrar á los Estados Unidos un millón de patriotas. Cuantos libros y otras publicaciones se hallaban en lengua lituana y caracteres latinos eran quemados y confiscados por las autoridades. La única Universidad, la de Vilna, fué trasladada fuera del país, á Kiev. Nada desanimó á los nacionalistas: en 1883 el valiente Basanovic fundó en Tilsit (Lituania prusiana) el diario *Ausra* (Aurora), substituído luego por otros periódicos, como *Varpas* (La Campana) y *Ukininkas* (El Campesino). La revolución liberal rusa de 1905 abrió nuevos horizontes; el 4 de Diciembre de dicho año se reunió en Vilna una Asamblea nacional lituaniana, en la que tomaron parte cientos de delegados de los municipios, de la nobleza y del clero. Esta Asamblea proclamó la aspiración unánime del país de lograr pronto su autonomía; la guerra última ha ido más allá, concediendo á los lituanos la independencia.

De la palabra eslava *Polaska*, que significa la llanura, hicieron los occidentales Polonia; trátase, en efecto, de la dilatadísima planicie fértil en cereales, adornada con praderas, con bosques, con lagunas y con campos bien labrados, por entre los que serpentean el Vístula (Visla) y sus afluentes. Un tributario del Oder, el Warta, pasa junto al santuario de Czenstochowa; allí la imagen de Nuestra Señora de Jasna Gora, la virgen de la Bella Montaña, ha visto arrodillarse ante ella millones de peregrinos, testimoniándola con su afecto la esperanza de la liberación. Estos polacos, de raza eslava y cuya lengua parécese bastante al ruso, son católicos, y adoptaron para su escritura

y su imprenta los caracteres latinos. Semejantes diferencias han creado el sentimiento nacional, avivado por una larga rivalidad histórica. El pasado de Polonia es brillante. Los cuadros de Matejko nos pintan unas veces á Alberto de Prusia, Marqués de Brandeburgo, vencido y rindiendo homenaje ante Segismundo I; en otra ocasión es Bathory, teniendo delante arrodillado al mensajero de Ivan el Terrible. En la memoria de todos ha quedado la figura de Juan Sobieski, campeón de la Cruz frente á los turcos, y el recuerdo de la batalla de Grünwald, en que fueron derrotados los caballeros teutónicos. Polonia es la monumental Cracovia, con sus murallas, su gótica Catedral de San Estanislao, donde eran coronados los antiguos monarcas, y con su Universidad celeberrima, la primera en el orden cronológico del Norte de Europa, como fundada en 1364 por Casimiro el Grande.

Polonia es igualmente Varsovia, la populosa é industrial urbe de magnífico porvenir, cuyas calles adórnanse de soberbios edificios, destacando en un plaza inmediata al Vístula el palacio erigido por los Duques de Mazovia y luego ampliado para real residencia por Segismundo III. El alma de Polonia brilla en los cantos populares y en esos grandes poetas que se llaman Mitskievich, Krasinski y Slovatski; en músicos como Ignacio Paderewski, y en novelistas de la talla de Enrique Sinkiewitz, el conocido autor de *¿Quo Vadis?*, de *Naturaleza y vida* y de *Janko el músico*. Pero Polonia, la heroica, la culta, la rica, la admirada de nuestros clásicos—incluso por Calderón, que la tomó por escenario de su *Vida es sueño*—es también Polonia la atormentada y la mártir. Llegó un momento en que sacrificada á la ambición de los vecinos fué repartida entre Austria, Prusia y Rusia; entonces comenzó su cruentísimo calvario. Desapareció cual Estado independiente, pero nunca aceptó como definitiva su desgracia. Ya lo auguraba así la conducta de aquel varón magnánimo que se llamó Tadeo Reyter, que no quiso venderse traicionando á los suyos y que dió un alto ejemplo en la Dieta de Var-

sovia. Revoluciones, levantamientos por la independencia, persecuciones sangrientas, hazañas como las de Kosciusko, bárbaras represiones cual la de los movimientos ocurridos el 1.º de Noviembre de 1830, cuando se logró que *el orden reinase* al imponer la paz de los cementerios. En la porción rusa y tras la revuelta de 1863 vino la espantosa represión de Muraviev: pueblos enteros fueron arrasados ó incendiados, á miles se enviaban los prisioneros á Siberia, quedó prohibido el culto católico, vedándose la publicación de periódicos en polaco y la representación de obras teatrales en el mismo idioma. Hasta el conversar en polaco en lugares públicos era castigado con multas, hasta se persiguió á quienes atalajasen sus carruajes según el modo tradicional en el país. Todavía á fines de 1908 se multiplicaban bajo el influjo del centralismo de Stolopin las brutales arbitrariedades de los representantes del Gobierno: hombres y mujeres, niños y ancianos veíanse con cualquier pretexto atropellados por la policía. En la Polonia prusiana la situación era aún más insostenible; allí la opresión, no tan sangrienta ni tan aparatosa, resultaba más tiránica. Científicamente se procedía á la germanización, quitando á los antiguos poseedores sus fundos, suplantando la raza y la cultura. Polonia no desesperó. A veces sus hijos requerían la espada y el fusil, haciendo el holocausto de sus vidas, como aquellos mil valientes que juraron no emplear nunca más que la bayoneta, á los que no dejarán de tener en la memoria los suyos:

«Polonia, en medio del mayor tormento,
no olvida nunca al cuarto regimiento».

(Julio Mosen.—*Los últimos diez*).

Tras las derrotas, los polacos, en pasividad sublime, seguían sintiéndose polacos, y repetían su canción popular *Yeszeze Polska nie zginela pokymy yjemy*, «aún no ha muerto Polonia, pues que nosotros vivimos». En vano Apuchtin, director de enseñanza en la parte atribuída á los Czares, había dicho en 1879: «de aquí á quince años

las madres polacas dormirán á sus hijos el son de las canciones rusas». En 1905, el 60 por 100 de la población no sabía el ruso. Agrupaciones como la *Liga polska*, la *Liga naradowa* y la *Macierz szkolna* mantenían el fuego sagrado. En la Posnania hallábanse prohibidos el himno patriótico *Yeszeze Polska nie zginela* y el religioso *Boze cos Polske* (Dios salve á Polonia); pero lo mismo el uno que el otro seguían cantándose. En el mes de Julio de 1910 se celebraron en Cracovia las grandes fiestas del Centenario de Grünwald; los polacos de las tres Polonias, rusa, alemana y austriaca, ó por mejor decir, de la Polonia única tradicional, reuniéronse en medio de un entusiasmo delirante. La multitud, entre frenéticos aplausos, bajo los rayos de un sol espléndido que parecía prestar aureola con sus rayos á las desplegadas banderas, entonó, con el corazón y con la boca, las estrofas de su esperanza: *Yeszeze Polska.....* La Polonia no ha muerto. Y Sinkiewitz dijo entonces á sus compatriotas: «Grünwald ha de ser una fiesta patriótica, magnífica, digna y seria, una fiesta que tenga dos caras: una, vuelta hacia el pasado, que recuerde las tristes palabras del Dante: *Nessun maggior dolore.....*; y la otra vuelta hacia un porvenir lleno de esperanza y de fe con la convicción de que nuestra historia no está acabada y que después de las pasajeras calamidades vendrá un renacimiento seguro, al que nos llevarán el trabajo, las virtudes cívicas y la instrucción del pueblo». Pocos años han transcurrido desde que así hablara Sinkiewitz. Polonia pasó por una tremenda prueba, pero alcanzó cumplidamente en ella el logro de sus aspiraciones.

Otro país engarzado en la corona de los Czares era el de la Ucrania ó Pequeña Rusia. ¿Quién no la recuerda por los acontecimientos históricos que en ella se han desarrollado, por la poesía de sus estepas, por sus ciudades, entre las que figura Kiev la santa, tan religiosa, tan pintoresca, tan misteriosa y tan antigua, ó por esta mágica *Noche de Mayo* de Gogol, que nadie puede leer sin experimentar una sensación profunda?

«¿Conocéis la noche en la Ucrania? ¡Oh, no, no conocéis cómo es la noche en la Ucrania! Contempladla: desde lo alto del cielo la luna os mira; la bóveda del firmamento, inmensa, se engrandece, semeja aún más profunda; todo lo abraza, y parece que lo quiere confundir todo en sí. La luna lanza rayos de plata, el aire es maravilloso y delicadamente fresco; la brisa sopla, llena de rocíos. Es una noche divina, una noche encantadora y encantada; los bosques, donde nada se mueve, impregnados de aromas, llenos de tinieblas, proyectan sombras profundas. Ved estos estanques, desnudos y silentes; sus aguas oscuras y frías quedan tristemente circuidas por las espesuras verdinegras de los jardines. Una selva virgen, en miniatura, formada por endrinos y arbustos, adelantando sus raíces hacia el agua helada, tiene de tiempo en tiempo como estremecimientos de indignación, cuando el juguetón vientecillo de la noche se desliza hacia ella traidorcillo y sigiloso y la acaricia. Todo el paisaje duerme. Allá arriba todo respira, todo es solemne y maravilloso, y el alma se abre al infinito henchida de visiones extrañas, argentadas, que se levantan graciosamente en sus profundidades. ¡Noche divina! ¡Noche de ensueño! ¡Noche en que todo vive, las espesuras, los estanques, las estepas! El ruiseñor de la Ucrania hace oír sus trinos majestuosos y la luna detiénese á escucharlos. Sobre la colina una aldea, como fascinada, duerme en el seno de la paz; los muros se recortan en contrastes extraños y los blancos chozos brillan iluminados por el astro de la noche. Las canciones terminaron hace ya rato. Aquí y allá solamente una pequeña ventana deja ver dentro la luz; los moradores, valientes y piadosos, duermen. Todo reposa».

Gogol, el inmortal autor de *Almas muertas* y de *Tarass Boulba*, era Pequeño Ruso. Su *Noche de Mayo*, tan poética y tan tierna, con su acento dulce y triste, nos dice cómo saben amar los ucranianos á su patria. Y estos ucranianos, de raza mucho más pura que los moscovitas, de carácter alegre y de lengua musical, sentían antipatía

hacia sus dominadores, á los que por sus largas barbas llamaron Katzap, esto es, *machos cabríos*. En realidad poseían, enseña Reclus, «lo que cimenta una gran nación: mucha gente, vasto y fecundo terreno, lengua con cantos hermosos, algunos libros y una historia que tuvo días brillantes, y sobre todo días sombríos». Divididos en ortodoxos y católicos, en rusos, galitzianos y húngaros, amenazáronlos hasta los polacos en su lenguaje y en sus costumbres. Recordemos, v. gr., la tragedia de Drohobycz; en las elecciones de la Galitzia para el Reichsrath austriaco el Consejo nacional de la Polonia perteneciente á la doble Monarquía designó en Drohobycz como candidato á un judío, al Doctor Lowenstein, quien debía combatir á los nacionalistas rutenos; incluso, según parece, quería-sele dar el acta mediante manejos reprobables. Estalló un tumulto y la tropa disparó y cargó á la bayoneta contra los pequeños rusos, que tuvieron 28 muertos y centenares de heridos. En el Imperio de los Czares el verdadero iniciador del renacimiento patriótico ucraniano fué Kostomarov, quien en su trabajo publicado en 1861, *Las dos nacionalidades rusas*, señalaba diferencias de evolución, idioma, carácter y aspecto físico, y deducía las naturales consecuencias de tales antecedentes, afirmando que había amalgamadas, de la península de Kola á la de Crimea, dos nacionalidades diferentes entre sí. El movimiento fué desarrollándose en sus aspectos literario y político. Dragomanov dirigió el partido radical de los jóvenes intelectuales. Pronto comenzaron las represiones violentas. En Noviembre de 1912 las autoridades rusas clausuraron el *Club Ukraina*, de Kiev, de esa Kiev que gracias á la eficaz obra de varias *Ligas y Consejos* es hoy al fin, como lo fué en otros días, la capital de una Pequeña Rusia independiente.

Allá en el Cáucaso, en las blancas cimas en las que la mitología griega sujetó á Promoteo víctima del buitre devorador que venía á desgarrarle las entrañas; en la lejana Colchis, adonde los argonautas fueron por el áureo vello-cino, los indígenas, de legendaria historia y no desprecia-

ble civilización, requieren su libertad y forman á las orillas del mar Negro una Georgia nueva, restauración del reino milenario del mismo título, que tuvo su edad de oro literaria allá en el siglo duodécimo, cuando gobernaban David, Jorge III y Thamar. A la orilla del Caspio, con su capital Baku, surge el Estado del Cáucaso del Norte. Tras el Ural se separa igualmente la Siberia, que, como el Turkestán, créense capacitados para llevar vida aparte.

En el Imperio otomano nótase la misma descomposición. Por casi toda la Anatolia quedarán los turcos poblando una meseta de clima violento, donde dominaron ya hace siglos y donde tuvieron varios sultanatos independientes. En la costa, los griegos descendientes de aquellos famosos pobladores de la Eolia, Jonia y Dórida asiáticas, que tanto se ilustraran en Mitilene y Lesbos, en Chios, en Cos, en Rodas, en Cumas, en Focea, en Clazomene, en Teos, en Lebedus, en Éfeso, en Colofon, en Priene, en Miletos y en Halicarnaso, júntanse á los helenos de la Grecia europea y continental, conforme lo desearan ya en días del Imperio aqueménide. La Armenia, ilustrada por insignes guerreros antes de la Era de Cristo; la gran Armenia de los tiempos medievales, cuyo último soberano León V fué señor de Madrid por concesión de D. Juan I durante algunos años, á partir de 1373, y aquí residió reconstruyendo las torres del alcázar; la Armenia, decimos, resurge incluyendo en sus dominios el Ararat, en que es fama se detuvo el arca de Noé, el lago de Van, Erzerum, la famosa Trebisonda en el mar Negro y varios puertos en el Mediterráneo sobre el golfo de Alejandreta. Al Sur de la Armenia se declara Estado autónomo, más ó menos protegido por los europeos, la Siria de los seleucos y de los califas, encerrando la Palestina; Fenicia, en otras centurias emporio del comercio; Antioquía; Alepo, «reina del Oriente»; Damasco, con sus jardines y frescas fontanas; Palmira y Baalbeck, de ruinas prodigiosas.

Entre los firmantes del Pacto de la Liga de las Naciones figuran los representantes del Hedjaz, principado

árabe emancipado de Turquía, que á orillas del mar Rojo encierra el Bled-el-Aram, el país prohibido á los profanos, la cuna de la religión musulmana, donde se alzan Medinet-en-Nebi, «la ciudad del Profeta», y la Meca, «la madre de las ciudades», el centro del mundo mahometano á donde acuden, en alas de la fe, el senegalés y el chino del Yunam, el zanzibarita y el tártaro, el malayo y el marroquí, formando inmensas caravanas.

Dentro del Imperio persa busca también hacerse independiente el Adherbeijan por las comarcas del Elburz y del anti-Cáucaso; allí el Savalan, volcán casi siempre nevado, manda sus aguas hacia el extenso lago de Ourmia, rodeado de verjeles que llegan hasta Tebriz ó Tauris, tan grande como Theheran, á la cual vence en animación, en trabajo y en industria. En la comarca hay más turcos y más armenios que persas.

Volviendo de tan alejadas regiones hacia la Europa del Sur y del Centro, debemos aplaudir, con la expulsión de la *media luna* de la península de los Balkanes, la confirmación de la existencia del Reino de los búlgaros, el ensanche naturalísimo de la Grecia y el de esa Rumania, que suspiraba por recoger en su seno á los rumanos de Besarabia y á los de la Transilvania, sometidos los unos injustamente á Rusia, los otros á Austria-Hungría. Besarabia, separada de la Moldavia en 1812, fué por el Tratado de Bucarest incorporada al Imperio de los Czares. El Tratado de París de 1856, para apartar del Danubio á los moscovitas, devolvió á la Moldavia la Besarabia en su parte del Sur.

El Tratado de Berlín de 1878, concluido después de aquella guerra en que tanto ayudó á los rusos Rumania, quitó á ésta otra vez la Besarabia, para entregársela á aquéllos á cambio de la Dobrudscha. Entre tanto los rumanos de Transilvania, oprimidos por los húngaros, lucharon contra éstos y en apoyo de los Hapsburgos durante la guerra de 1848, presentando, ya vencedores, en Febrero de 1849 á Francisco José un memorial en el que

pedían la separación de los húngaros, el régimen autonómico, el reconocimiento oficial de su lengua y la creación de un Parlamento privativo. El Emperador negóse á dichas pretensiones y los transilvanos, por la Convención de 1867, quedaron incorporados á Hungría, quien dió comienzo á una violenta magiarización. La independencia de los rumanos de Moldavia y Valaquia y el nombramiento para Príncipe de dichos países de Carlos de Hohenzollern, avivó los sentimientos de solidaridad entre aquéllos, para quienes geográficamente y como reconoce R. Pinon «el macizo transilvano es la verdadera patria, la fortaleza histórica de la nacionalidad». En 1892 los rumanos de la Transilvania húngara elevaron á Francisco José otro memorandum donde exponían sus aspiraciones; pero el documento fué devuelto sin ser leído, sin abrirle siquiera, al Jefe del nacionalismo en dicho territorio. Entonces los hijos de Transilvania apelaron á Europa: «Queremos, decían, tener una patria, ser amos de la tierra donde vivieron durante siglos nuestros antepasados, gozar del sol de la libertad, ser árbitros de nuestra suerte. La muerte sólo podrá arrebatarnos la nacionalidad de nuestros padres». El periódico *Tera Noastra* («Nuestra Tierra») fué suspendido; pero le reemplazó en las mismas campañas la *Tribuna*. Björnstjerne Björnson dió á conocer los sufrimientos de este pueblo en un artículo titulado *La opresión magiar*, que vió la luz en *Le Courier Europeen* de 25 de Febrero de 1908. Los rumanos de Austria-Hungría volvían sus ojos y sus corazones hacia sus hermanos de Bucarest; el movimiento irredentista, según Mailath, creció mucho con la creación, en la población últimamente dicha, de la *Liga Rumana*. Según el *Budapest Hirlap* (26 Febrero 1911), en las escuelas de Moldavia y Valaquia explicábase á los niños que su patria hallábase partida en dos trozos: la Rumania esclava y la Rumania libre. E indica P. Farkas que todo el sistema de enseñanza estaba encaminado á alimentar en la juventud el ideal de una gran Rumania futura. El ideal es un hecho; el sueño, una realidad. La

gran Rumania reúne hoy dentro de sus fronteras la Valaquia, la Dobrudscha, la Moldavia, la Besarabia, la Transilvania y la Bukovina.

A su lado se ha hecho cosa tangible otra aspiración, tenida hasta hace poco como casi inasequible. Nos referimos á la constitución de la gran Serbia, esto es, de la Yugo-Eslavia.

Los eslavos del Sur (que llegan hasta las puertas mismas de Italia), aun reconociéndose hermanos, dividiéronse en ramas diversas. Esteban Duchan, soberano de Serbia hacia la mitad del siglo xiv, conquistó Macedonia, Albania y el Norte de Grecia, estableciendo su autoridad desde el Adriático hasta Andrinópolis. Bulgaria fué vasalla suya; dominó en la península de los Balkanes, y en 1346 tomó el título de Czar de los serbios y de los griegos.

La grandeza de Serbia vino al suelo ante el empuje de los turcos; los dos Ejércitos encontráronse en Kossovo, en el célebre «campo de los mirlos», el 15 de Junio de 1389. Ahí sucumbió Lazar con sus nobles y triunfó el otomano. En un canto ó *piasma*, pleno de sentimiento por el desastre, un esclavo se lo relata en estas frases á la Czarina Miliza. «Todos, todos quedan ¡oh señora! en Kossovo. Donde sucumbió el Czar Lázaró hay muchas lanzas rotas, turcas y serbias, pero más serbias que turcas, en defensa de su señor Lázaró el Grande. Giugo pereció al principio, en el primer encuentro. Sucumbieron los ocho Giugovicz y sólo vive Bosco Giugovicz; su bandera se despliega en Kossovo, y aun destruye turcos, como el halcón palomas. El ban Straina perece con la sangre hasta la rodilla. Milosio sucumbió en Sinniza, en la fría agua, donde cayeron muchos adversarios. Milosio mató al turco Amurates y doce mil enemigos. ¡Dios bendiga á quien lo engendró! ¡Que sus hechos se recuerden y celebren mientras exista Kossovo!»

Entonces empieza la servidumbre de la raza serbia; servidumbre jamás aceptada con resignación. Todo el pueblo repetía con Ogueslaw Ostrozinski: «La aurora brilla

para el mundo entero; sólo el Balkan no tiene día. En un piélago de amargas lágrimas arde la profunda llaga hecha por la esclavitud» «¡Esclavitud vil, esclavitud desastrosa! ¡Cuándo llegarás al término! ¿Cuando asomará el sacro y dichoso sol que debe alumbrar esta oscura noche?» «En las más distantes regiones resplandece ya el día de la libertad y de la verdad. Ya protege á los pueblos salvajes el áureo escudo de los sagrados derechos». «Sólo los bosques del Balkan quéjanse con gritos de dolor. Allí la libertad no tiene templo; allí resuenan las cadenas de la esclavitud, llevadas por cristianos.....» «¡Salid de vuestro letargo! La gloria os aguarda. Laureles verdes é inmortales esperan al ejército de héroes, como recompensa de la victoria». «Despertad, ¡oh pueblos!»..... «Alejandro, domador de Persia; Castrioto, cuyas hazañas celebra el turco, y vos Crallevich, ojo de Prizrena». «Estrellas de mejores tiempos, á las que no empaña nube alguna, ¡levantad de vuestras tumbas! ¡Mirad!, esta es vuestra patria abrumada de cadenas». «Alejandro, empuñad la espada; Castrioto, Crallevich, tomad la lanza y el escudo; que cada uno se esfuerce en reconquistar el bien perdido».

De la rama yugo-eslava, más tendida hacia el Oeste, los eslovenos desde el siglo VIII pasan de la dominación de los ávaros á la de los bávaros, á la de los francos, á la de los alemanes, á la de los húngaros, para hacerse al fin súbditos de los Hapsburgos. Los croatas, eslavones y dálmatas extinguen su individualidad incorporándose en la centuria XI.^a á Hungría, y con fecha reciente se les repartió entre esta última corona y la Monarquía austriaca. El sentimiento nacionalista, casi desaparecido hasta fines del siglo XVIII, reavívase al principiar el XIX merced á Napoleón, quien llamó á nueva existencia con el nombre de provincias ilíricas á la Istria, á la Dalmacia, al Friul, á la Carniola y á la Croacia. Una buena parte de los moradores de estos territorios acogieron con entusiasmo la constitución de la Iliria. Un esloveno, Vodnik, hízose eco del sentimiento popular:

«Napoleón ha dicho : «Despierta Iliria».

La Iliria se despierta y pregunta :

¿Quién me llama á la luz?

¡Oh gran héroe ! Eres tú quien me despiertas.

Tú nos das tu mano poderosa y tu auxilio».

Con la caída del Emperador las provincias ilíricas tornaron á ser dominio de Austria; los patriotas vieronse perseguidos, pero los nuevos ideales ya no desaparecieron.

El eminente literato Gaj, en la *Gazeta Iliriana* y en *La Aurora Iliriana*, va á ser el principal sostenedor del movimiento en el período comprendido entre 1830 y 1840. El Gobierno incluso prohibió el uso de la palabra *ilírico*. La Dieta húngara en 1847 dispuso que el magiar fuese enseñado en las escuelas de Croacia; los croatas, en cambio, pidieron el establecimiento de un Tribunal Supremo en Zagreb, donde también habría otra Dieta con amplísimos poderes. El Emperador nombró *ban* de aquellas tierras á Jellachich; el Gobierno de Hungría quiso destituir al nuevo virrey, quien sin embargo siguió en su puesto, afirmando que «un reino no puede imponer leyes á otro reino», «regnum regno non prescribit leges». Y este Jellachich con sus croatas combatió á los húngaros cuando éstos se alzaron en armas pidiendo á la par que su independencia nacional la sumisión de sus vecinos del Oeste y la de los rumanos. Al lado de Jellachich figuraron luego Stratimirovich, el Obispo Strossmaier y Mazuranich el gran poeta. Los húngaros vencidos sacaron de la lucha el mismo fruto casi que si hubieran sido vencedores. Sólo en 1868 lograron los croatas en una *Nagoda* ó Convención célebre, la autonomía incompleta y mutilada. La reacción magiar fué cada día más dura, recordándose aún amargamente las persecuciones del Conde Khum-Hedevary, que fué nombrado *ban* en 1883. Las miradas de los yugoslavos sometidos á los Hapsburgos tornáronse, como sus almas, hacia el otro pueblo hermano, el de Serbia, ya independiente de la dominación otomana. Serbia, quizá más

atrasada é inculta, era un pueblo de raza viril, de donde Mestrovich, el escultor genial, ha tomado modelo para aquellas figuras de titanes cuyos músculos de hierro conciertan con las violentas actitudes y con gestos en que vibra una voluntad inflexible. Aquel reino de los antiguos Czares, país de las aventuras, Cataluña y Navarra del Oriente, como le llama Mickievich, tornóse en faro de esperanza para los irredentos. Insensiblemente formóse la idea de una gran Serbia futura, y el partido yugo-eslavo aumentó, acreciéndose su potencia y sus recursos. Austria-Hungría preocupóse de cortar los vuelos á quienes pusieron sus pensamientos é ideales en Belgrado: creó un reino de Albania con lo que Serbia no podía llegar hasta el mar; además acentuó su actuación en Bosnia y en Herzegovina. Entonces se produjo con el atentado de Sarajevo esa conflagración espantosa gracias á la que ha venido al mundo la Yugo-Eslavia.

Hungría es la *Puszta*, la llanura fértil y hermosa, de las ricas praderas y de los horizontes dilatados. Entre el océano de yerbas, entre malezas y arbustos alérganse en las *csardas* pastores medio nómadas, verdaderos gauchos de Europa, de melena larga y negra, de grandes bigotes, de mirada altiva. Jinetes arrogantes, llevan á pastar sus caballos nerviosos al Danubio y al Tisza, y aman tanto á su patria que, según ellos, sólo allí se vive y en los demás sitios se vegeta. Los magiares descendientes de los hunos, con su lenguaje poético y complicado, agólpense á nuestra imaginación como confuso tropel que llena de espanto al mundo en los furores de sus *razzias*, como torbellino de fuego, como fulgor de sables corvos en cuyos puños brillan las gemas preciosas, como deslumbrador escuadrón suntuosamente ataviado: penachos, pellizas y botas con resonantes espuelas. ¡Oh! son los leales caballeros dispuestos á sostener la tradicional corona y á verter la sangre en defensa de los derechos de una inocente niña: «*moriamur pro rege nostro Maria Theresia*». Y Hungría es también lágrimas, y sufrimientos, y ansias

de libertad; movimientos separatistas, revoluciones, persecuciones, torturas. Viena quería germanizarlos, y en aras de su *josefinismo* empezó larga serie de tiranías. Los magiares, conscientes de la dignidad de la raza y amantes de su lengua, hicieron saber al mundo, en las admirables obras de sus poetas y de sus novelistas, que no querían desaparecer. En 1848, siguiendo á Luis Kossuth, empuñan las armas y repiten, frenéticos de entusiasmo viril, los versos de Petoefi, el épico cantor que murió heroicamente en el campo de batalla de Segesvar. «En pie magiares, la patria os convoca. El momento ha llegado: ó ahora ó nunca. ¿Seremos esclavos ó libres? Esta es la cuestión. Por el Dios de los húngaros juremos, ¡juremos que no hemos de ser más tiempo esclavos!» «Hasta hoy hemos seguido esclavos, maldecidos por nuestros abuelos; ellos, que vivieron y murieron libres, no pueden descansar en paz en una tierra esclavizada». «¿Habrá algún hombre, alguien tan miserable que no tenga el valor de morir y para el que esta mísera vida valga más que el honor de la patria?» «La espada es más brillante que la cadena, adorna mejor el brazo; y no obstante nos resignamos á la cadena. Sal de la vaina; sal, espada nuestra». «El nombre húngaro surgirá resonante, digno de su antigua gloria; apresurémonos á rescatarlo de la vergüenza en que le han hecho caer los siglos». «Allí donde se abran nuestras tumbas, se arrodillarán nuestros nietos, y pronunciar nuestros nombres santificados será para ellos como repetir una bendición». «Por el Dios de los húngaros juremos, juremos que no seremos más esclavos». Hungría cayó desangrada, ahogada por el tropel de enemigos; pero por su intrépido valor hubo de merecer que entrase pronto, casi como de igual á igual, á convertir el Imperio en una doble Monarquía; en ella el pueblo magiar quería figurar como algo aparte, animándose con las estrofas de Vorosmarty: «A tu patria has de ser fiel eternamente, porque ella te nutrió; cuando la descarnada te hiera, aquélla te cubrirá con su espeso césped. Para tí en el

vasto Universo no hay otro asilo. Sigue tu destino, adverso ó próspero, sobre este suelo; es aquí donde has de vivir y es aquí donde has de morir». Hoy Hungría, desligada al fin de toda opresión por parte de los elementos germanos, puede desarrollar á su gusto una civilización original y poderosa. En aquel suntuosísimo edificio que para los representantes y delegados de la nación se construyó en Buda-Pest adquirirán toda su fuerza, sin necesidad de salir del propio territorio, las leyes por que ha de regirse el nuevo Estado independiente.

Vecina de Hungría vese á Checo-Eslovaquia. Es la Bohemia histórica. Junto al Últava, Praha ostenta un puente maravilloso, una Universidad célebre, un regio palacio donde se realizaron hechos memorables. Huss y los hussitas, la guerra de los Treinta Años, mézclanse cual tristes recuerdos con las glorias de grandes monarcas. Bohemia sufrió durante siglos una opresión brutal por parte de los germanos. En la Eslovaquia, los húngaros motivan con sus intransigencias páginas tan tristes como la de las víctimas de Cernova (27 de Octubre de 1907). A los *Cantos del esclavo* del bohemio Svatopluk Cech, responden las poesías de aquella colección á la que el eslovaco Vajansky dió el título de *Zpod jarma*. Después de días muy amargos en que, perdida toda esperanza, Dobrovsky, en 1810, escribía á Kopitar «causa gentis nostrae, nisi Deus adjuvat, plane desperata est», han venido días de lucha y días de esperanza. La tenacidad de los eslavos ha sido salvadora. Las autoridades húngaras hicieron arrancar de los libros de las escuelas párrafos tan patéticos como el que sigue: «Soy pequeño, pero soy eslovaco. Eslovaco de corazón y de alma, y quien deteste á los eslovacos no puede ser amigo mío. Tiempos atrás un señor me prometió mucho oro si prefería una lengua extranjera á la que aprendí en la cuna.—Buen señor mío, parece que habéis visto muy poca gente de bien si creéis que un eslovaco puede vender su idioma por dinero. Muy bueno es vuestro oro, pero mi idioma es aún mejor, y no

lo daría ni por todas las riquezas, ni por cuanto hay en el mundo. Así, pues, quedémonos cada uno con lo nuestro; guardáos vuestro oro y yo me guardaré mi idioma». Estas conmovedoras expresiones explican la mágica reconstrucción llevada á cabo por los checos en Bohemia; es, Albert Sorel lo manifiesta, «la resurrección de un pueblo que volvió á crearse por sí mismo, de sus propias cenizas; que se formó un cuerpo con el polvo de la tierra natal y un alma con lo que subsistía flotando en los aires de los vestigios del pasado». Cada uno, repitiendo las frases de Palacky «no soy alemán y no me haréis ir al costado vuestro, para desempeñar despreciables papeles; soy de un pueblo distinto, y lo poco que valgo está á disposición de mi patria»; cada uno, repetimos, animándose con estas frases y sintiéndolas ha contribuido á labrar la nueva República en el corazón de Europa.

Los actuales orientadores del mundo, cuando han evocado esas naciones seculares sacándolas de sus tumbas, no momificadas sino en plena juventud, quebraron injustas cadenas, libertaron oprimidos y escucharon, á la vez que altos principios de política, las enseñanzas de la Historia y las de la poesía popular, esa flor del sentimiento, como la llama Herder, expresión de un patriotismo ferviente, santo lamento de razas que lloraban la amada Sión bajo los sauces del río de Babilonia.

La empresa parece favorecida con las bendiciones del cielo. Y en el resurgimiento de estas nacionalidades advierte también Laurent la intervención de la misma Providencia. Según Deloche, es cosa «digna de respeto y simpatía; es obra sagrada, porque no es la obra del hombre, sino la obra del Altísimo».

«El Creador y Conservador de la tierra—afirma el señor Aranzadi—ha querido, para gloria suya y bien del hombre, que éste alcance la perfección de que es capaz, por obra de noble emulación de las nacionalidades que integran la humanidad. Y como es un crimen y gravísimo pecado contra Dios el esclavizar y dar muerte al prójimo,

sea por codicia, sea por odio, de igual modo es un crimen y gravísimo pecado contra Dios el destrozar el plan adorable de su providencia, ahogando y deshaciendo las nacionalidades que le deben la vida y las amparó por gravísimas causas».

*
* *

Hasta este momento nos hemos venido colocando en el plano de los nacionalistas que aun lamentan haberse dado vida á pocas naciones nuevas, que solicitan el reconocimiento de algunas otras; pero que magnetizados por los esplendores del éxito, sintiendo el frenesí de la victoria, dan al viento los sonoros estrépitos de una marcha triunfal y las desplegadas banderas donde con letras de oro campean los conceptos de sus principios.

Pero si para arrancar el aplauso de las multitudes basta á veces el lirismo del poeta, el manejo hábil de las citas históricas ó el presentar tal ó cual aspecto limitado de una cuestión, el hombre reflexivo ha de contenerse y meditar, debe pesar y medir, sin ofuscarle con el escalofrío pasional y á veces contagioso, tan expuesto siempre á enturbiar la que debe ser cristalina corriente de razonamientos.

Los Estados que han surgido después de la guerra ¿son verdaderas naciones? ¿Responden á lo que el principio de las *nacionalidades* demanda?

Define Mancini la nación—coincidiendo casi con Littré, con Maurice Blok, con Buntschli y con muchísimos otros tratadistas—como «una società naturale di uomini, di unitá di territorio, di origine, di costumi, di lingua, conformati a comunanza di vita e di consuetudine social».

De modo que se suponen unidad de territorio, de raza, de lengua y la unidad espiritual engendrada en una vida común. ¿Hay estas unidades en cada entidad política de las de reciente formación?

Ved en el mapa los límites de la República finlandesa. Ya extrañan las sinuosidades que se dibujan en las fron-

terras de Noruega y de Suecia; la explicación es fácil, sabiendo que el territorio de la nueva República fué arrancado violentamente al último de los dos mencionados reinos de la Escandinavia por el moscovita victorioso. La nueva frontera de la parte oriental es arbitraria y caprichosa; desde el lago Enare desciende hacia el Sur cortando otros lagos y ríos, bosques ó llanuras hasta terminar en el golfo finlandés junto á Kronstadt, á las puertas mismas de Petrogrado. La región geográfica natural, la planicie granítica, fría, llena de lagos grandes y pequeños, con costas rodeadas de infinitos islotes, comprende hasta el mar Blanco, incluyendo la península de Kola.

A las antiguas Provincias bálticas—la Esthonia y la Lettonia de ahora—siempre se las consideró con indecisos y artificiales límites por Oriente y Sur, por ser una continuación de la llamada planicie rusa. En la Esthonia se marca la transición hacia los terrenos primitivos de la Finlandia; pero en la parte de Levante el lago Peipus no es suficiente elemento de separación. Entre la Esthonia y la Lettonia la frontera marcha sin el apóyo de una línea fluvial sin el de algún importante relieve, entre Moisze-kiul y Salisburg, entre Bockendorf y Valk y al Sur de Verro.

La tierra lettona, cuyas costas contornean parte del golfo de Riga, corresponde casi íntegramente á la cuenca del Duna, cuyo río tiene la mitad superior de su curso en la Rusia propia. Otros ríos de Lettonia nacen en Lituania, ya que entre uno y otro Estado no ofrece la naturaleza ningún elemento orográfico ni hidrográfico que marque ó distinga regiones diferentes.

Lituania, como Polonia, son parte de esas llanuras sármatas en las que se incluyen también la Silesia, alguna porción de Prusia, los pantanos de Polesia, la Volhynia, la Podolia y la Ucrania hasta las cataratas del Dnieper. Son planicies arcilloso arenosas, fértiles y húmedas, con marcado carácter de uniformidad y mono-

tonía. Por eso en la abierta Lituania, bañada por el Niemén y por su afluente el Vilia, que vienen de la Rusia propia, hay ríos que van á Ucrania, á Lettonia, á Polonia y á la Prusia oriental. En la misma circunstancia se encuentran los cursos fluviales que fecundizan la Polonia, y nada en el terreno indica dónde comienzan y dónde terminan los dominios de esta última.

Ucrania, que fué el Krain ó U-Krayn, esto es, la «frontera» entre eslavos y turcos, fué siempre algo indeciso y á lo que no se puede buscar precisión geográfica. Según el Sr. Beltrán y Rózpide, el antecedente histórico y aun el etnográfico la identificarían ó harían corresponder «con lo que bien ó mal se ha denominado Pequeña Rusia». La Ucrania actual, la de los nacionalistas ucranios, extiéndose desde los bosques de Poliesia, á la derecha del Dnieper, hasta el mar Negro, desde los Cárpatos de la Galizia y desde el Niester, en cuya margen derecha está la Besarabia, hasta los cosacos del Don, incluyendo con bastante de las llanuras sármatas no poco de esas llanuras escíticas, arenosas, arcillosas é impregnadas de sal, las estribaciones septentrionales de la mitad occidental de la cordillera del Cáucaso y la península de Crimea. Pero ninguno de los dos grandes ríos de esta República, el Dniester y el Dnieper, ni muchos de los engrosadores de uno y otro, pertenecen íntegramente á la Ucrania, que también queda abierta por la mayor porción de su perímetro.

Rumania, á la que parece servir de eje y núcleo el macizo de los Alpes de Transilvania, sólo tiene confines naturales allí donde se los proporcionan de un lado el Dniester, del otro el Danubio. Pero la cadena del citado sistema montañoso y su continuación en los Cárpatos forman una barrera difícil de franquear para buscar comunicación con lo anexado hoy y antes perteneciente á la corona húngara. Lo del Banato y las regiones donde asientan Arad, Nagy-Varad, Margitta, etc., son algo inseparable de las planicies del Tisza. La porción de frontera con Bulgaria,

desde Tutrakan á las proximidades de Varna en el mar Negro, también tiene mucho de artificioso.

Bulgaria, que geográficamente entra en el mismo plan constructivo que el resto de la península en que asienta, —terreno alto, pero sin altiplanicies dilatadas á fuerza de ser extraordinariamente movido—sólo posee la parte superior y no la baja ni la desembocadura del Struma, del Mesta y del Maritza. Se la priva igualmente de salidas hacia el archipiélago, haciéndola perder algo del antiguo litoral en el mar Negro al Norte de Varna.

A Grecia se la ha añadido lo meridional de la Macedonia y de la Tracia antiguas, que no puede decirse se las incluyera nunca dentro de la Helade. También aumentó con las islas del mar Egeo, muchas en realidad geográficamente inseparables del litoral de la Anatolia, del que sin embargo no se da á Grecia sino el territorio de Esmirna.

Yugo-Eslavia es una nación cuyo solar aparece caprichosamente concertado. Sus confines en unos lados cortan el Carst, en otros sitios alcanzan hasta el Muhr, en otros siguen el Drave, en ocasiones corren bastante al Este del Danubio y aun del Tisza; por el Sur la línea dibuja su marcha desigual sobre la Albania ó en la Macedonia, cuyo valle del Vardar se reparte con Grecia. Hay ríos que van por el Danubio al mar Negro, otros directamente al golfo de Salónica, otros al Adriático. Hay montañas calizas, un litoral recortadísimo y una porción del llano húngaro.

En cambio la desgraciada Hungría, despojada de su Felfoeld, ha perdido incluso mucho de su territorio natural, de las planicies herbosas y de la Mesopotamia misma, encerrada entre el Tisza y el Danubio; todo á la mayor gloria de los vencedores.

A la minúscula República austriaca casi no la queda más sino la urbe vienesa y sus aledaños. Agréguese una faja estrecha de la vertiente septentrional alpina en la que nacen ríos cuyas aguas pasan pronto á fertilizar Baviera.

Checo-Eslovaquia determina una porción de terreno larga y estrecha entre Alemania, Austria, Hungría, Rumania, Ucrania y Polonia. Novecientos kilómetros de Este á Oeste por doscientos kilómetros de Norte á Sur. Región natural es la Bohemia, cuenca cuadrangular donde el Elba recoge una gran cantidad de tributarios; gigantesca fortaleza cuyos frentes hállanse formados por los robustos bastiones de formidables montañas. Pero luego se ha añadido la Moravia, que vierte por el Morava al Danubio, y un trozo de Silesia correspondiente al Oder y en la Eslovaquia propia, el Tatra y los Cárpatos.

No somos de los que desconocemos la influencia del medio geográfico en la vida de la especie. Hallámonos convencidos de que es indiscutible que como dice la Biblia, el hombre se formó del limo de la tierra. También creemos que nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, nuestra voluntad y nuestras costumbres no pueden substraerse á la voz imperiosa de natura. Como Hipócrates, afirmamos que «al modo de ser de un país corresponden la disposición del cuerpo y la del alma de sus habitantes». Pero para nosotros lo fatal no anula al albedrío, y por estas razones imaginamos hay mucho de exageración en las palabras de Montesquieu: «las distintas necesidades en los diferentes climas han formado las diferentes maneras de vivir; y estas diversas maneras de vivir han originado las distintas clases de leyes». Jamás aceptaremos la teoría de Herder, de que «antes que una nación aparezca sobre el mundo, las cadenas de montañas, los repliegues del terreno y de los ríos marcan ya, con rasgos indelebles, la fisonomía de la historia».

Los primeros partidarios y apóstoles del principio de las nacionalidades, con la vista fija en la unidad italiana, exigían esta unidad como consecuencia obligada de la construcción de aquella península del Apenino, á la que circundan por completo el mar y los Alpes.

Otros nacionalistas buscaron la frontera natural que apetecían señalando para meta de sus aspiraciones, ya

las cadenas de montañas, ya los ríos. Francia soñó sus límites, por un lado en las imponentes cimas de los Alpes, por el otro en el Ebro, por el otro en el Rhin. ¡ Con menos ambición y con la misma lógica pudo haberlos fijado en los Pirineos y en los Vosgos !

Los nacionalistas posteriores no se preocuparon de la premisa territorial cuando contradecía ó era un obstáculo á sus ideales. Dentro de la península escandinava supieron separar por completo Noruega de Suecia; dentro de la península ibérica, á pesar de la comunidad de cordilleras y de líneas fluviales, hácese dos mundos de Portugal y de España. Aun dentro de una cuenca tan bien definida como la del Ebro, y á pesar de su no muy dilatada extensión, hay quien distribuye las respectivas provincias castellanas, aragonesas, vascas, y catalanas, en naciones distintas, aparte, naturalmente, de la República de Andorra, que también envía al Sagre el tributo de sus valles, picos y barrancos.

Aunque la premisa geográfica casi ha sido desterrada de la ciencia política, hay que reconocer que los nacionalistas de la escuela de Mancini exigen para que haya nacionalidad «unità di territorio», y que en su consecuencia, por carecer de esta unidad no pueden ser consideradas nacionalidades Checo-Eslovaquia, Yugo-Eslavia, Ukrania y los demás Estados nuevos de la Europa del Sur, del Este y del Centro.



La «unità di origine» impone á la raza como elemento fundamental de las nacionalidades. El Profesor Burgess, siguiendo la indicación filológica de Littré, manifiesta que «primaria y propiamente la voz nación es un término de Etnología, y el concepto que expresa es un concepto etnológico; se deriva del latín *nascor*, y, por consiguiente, se refiere ante todo á las relaciones de origen y parentesco étnico». La doctrina de Mohl es idéntica á la de Burgess.

El Sr. Engracio de Aranzadi afirma rotundamente que «el concepto de generación, procedencia ó sangre es lo sustantivo del de nación». Maximin Deloche, por su parte, manifestaba, tratando del mismo asunto, que la ley de las nacionalidades, «trascendente hoy día del orden especulativo al práctico y que se impone de una manera tan eficaz á los gobernantes y á los pueblos», puede llamarse «de afinidad de raza», entendiendo por tal «la cualidad que hace reconocer á los que la tienen como descendientes de un grupo determinado de hombres, de tribus, que conservan cada uno su tipo moral y físico peculiares». Esta ley de las razas, agrega, digna de respeto y simpatía, más aún, sagrada, como obra de Dios, hállese destinada á servir de base fundamental á la regeneración de los pueblos y á la nueva distribución de Estados, pero debiendo combinarse en la delimitación de territorios con el principio de las naturales fronteras.

De este último principio ya hemos visto se ha prescindido en absoluto al hacer el nuevo mapa de Europa; veamos si se ha atendido algo más á la unidad de origen.

Finlandia no fué tierra de finneses sino de lapones. Estos, mejor que los finneses, pueden reclamar la prioridad de dominio. La gran epopeya del Kalevala enseña cómo los que ahora se daban aires de oprimidos fueron también usurpadores ambiciosos. El asunto del poema es la guerra contra los lapones ó pohjolas; resultó de la lucha que estos pohjolas, tan infatigables en el trabajo frente á un medio adverso, tuvieron que retirarse hacia el septentrión, donde perduran y viven.

Aun entre los mismos finnios de Finlandia la unidad etnológica es muy discutible. Topelius que los conoció perfectamente distingue en ellos dos tipos bien diferenciados: el tavestiano y el carelio. «En el carácter del pueblo finnio, dice el citado escritor, los carelios representan el día, los tavestianos la noche. Comparado con este último, el primero es más animado, más vivo, más sensible, más versátil; nació comerciante y poeta; tiene los

cabellos oscuros, los ojos grises ó pardos, los miembros de mayor delicadeza; todo su exterior anuncia un natural más accesible y más abierto..... El carelio es quien ha conservado hasta hoy los viejos mitos, á los que añade de continuo nuevas composiciones líricas».

Amén de los lapones y de los finnios hay en la comarca más de 400.000 sueco-finlandeses, el 13 por 100 del total según Lubor Niederle, de alta talla, de cabellos rubios, de ojos azules, gigantes de mirada llena de dulzura como se encuentran muchos en las calles de Stockholm. Y luego hay también, principalmente en la provincia de Viborg, miles de rusos de puro origen, que cada día eran más numerosos; traficantes, artesanos, llegados con pocas economías, pero ansiosos de trabajar, con gran facilidad de asimilación, y que al cabo de dos generaciones se confundían completamente con el elemento indígena.

Pero aunque los finlandeses fueran todos finnios de raza única no por eso justificarían su separación. Las cuatro quintas partes de Rusia disfrutaron de la misma base finnica. Los fineses ocuparon las dilatadas regiones del Norte y una extensión importante de las cuencas del Volga, cuando los eslavos avanzando desde el Dniester hacia el septentrión separaron las tribus uralo-altaicas primitivas en tres masas diferentes (grupo del Báltico, grupo del Ural y grupo del Volga medio).

Petrogrado, Moscou, Suzdal, Vladimir, Riazan y Tuer, casi todas las grandes capitales históricas se han alzado en tierras de los antiguos fineses. Estos, que quedaron reducidos á una especie de polvo de pueblos, desempeñaron una acción poco visible, pero de gran importancia. Los finlandeses, por más apartados, conservaron la conciencia colectiva; la mayor parte de las restantes tribus no desaparecieron, sólo se eslavizaron, se rusificaron; tal ocurrió, v. gr., á los vessos, merianos, murmianos, chudos, zavolochianos, etc. En realidad, y según indica acertadamente Leroy Beaulieu, ha habido como «una corriente turania, como unos manantiales fineses que derramándose

siglos enteros en las venas del pueblo ruso han acrecentado sin cesar la proporción de sangre uraliana». Los grandes rusos sobre todo son finno-eslavos, ó casi tan finnios, salvo en lo tocante á su lengua y formas de cultura, como los de Esthonia y Finlandia; por eso hay etnógrafos que no se deciden á admitirlos en la familia europea. ¿Dónde está, pues, esa diferencia racial absoluta para que en la región de los mil lagos se forme una nacionalidad?

Lo que hemos dicho de Finlandia es aplicable casi íntegramente á la Esthonia, poblada por los esthos de origen finnés; etnográficamente no procede apartarlos de los finlandeses, ni son incompatibles con los rusos.

Los leto-lituanos, pues Lituania y Letonia ni por las diferencias étnicas ni por las diferencias filológicas merecen separarse, hacen una gente de acentuadísima germanización, y tan afín con los eslavos que hay quienes la denominan leto-eslava. Algunos, como Denis, creen que estos pobladores de las provincias del Báltico fueron la vanguardia de los eslavos que, adelantándose á los demás, llenaron la cuenca del Niemen. Casi la misma diferencia que hay entre estos leto-eslavos y los eslavos propios hubo entre las distintas tribus en que los leto-lituanos se distribuían. En el Niemen superior estaban los *imudos*; entre el Niemen y el Vilia, los *lituanos* ó *litvos*; los *yatravagos*, entre el Niemen y el Bug; á las orillas del Duna, los *semigalas* y los *lettones*; entre el Vístula y el Pregel, los *berusianos* ó *prusianos*, que acabaron germanizándose del todo. También estos invasores hubieron de mezclarse con los finnios, y la única diferencia que guardaron con los demás rusos es la de sus arcaicos idiomas. Por otra parte, si los leto-lituanos reclaman su liberación del yugo de Moscovia, otras gentes anteriores á ellos en el país podrían disputarles los derechos para aparecer como propietarios del mismo. A la Letonia la hemos conocido siempre repartida en las dos provincias de Curlandia y Livonia; Curlandia era el país de los *curos*, pueblo muerto ya.

—Los *livos* aún son unos cuantos centenares; su habla es un dialecto finés y su residencia unas doce aldeas, que no están en la Livonia, sino en la Curlandia, en el golfo de Riga, junto al cabo Domesnaes. Marineros vigorosos y de aventajada estatura, orgullosos de sí mismos, dánse el nombre de pescadores (*Kalamied*) ó el de litorales (*Randalist*).

Dentro del grupo universalmente reconocido por eslavo, repartíanse los de la cuenca del Narev y del Vístula en diversas tribus (*mazovianos, kujavianos, slezanos ó silesianos, etc.*), entre las que era la principal, pero no más que una de ellas, la de los *polianos*, cuyo nombre convertido en el de *polacos* ó *poloneses* acabó por ser común á todas. Las circunstancias y los hechos históricos han impuesto mucha mezcla con los lituanios, y sobre todo con los rusos, de los que se separan, no por la sangre, sino por sus creencias religiosas y por la forma de la evolución en unos y otros. Numerosas gentes germanas acudieron á los centros industriales. Cientos de miles de judíos multiplícanse rápidamente, más rápidamente que la nación que los alberga. A pesar de los «progromos» se ha calculado que si no varían las proporciones del crecimiento, para el año 2000 los hebreos constituirán más de la mitad de la población de Polonia, y tendrán derecho por tanto á constituir una nacionalidad esencialmente judaica.

En Ucrania hay ucranios o pequeños rusos, orgullosos de su origen ariano; pero que por sus características eslavas enlázanse en diversas gradaciones con los habitantes de la Gran Rusia. Además, si la pureza de la estirpe se conserva en la Ucrania propia (donde los ucranios entran por el 72 por 100 en el conjunto), disminuye mucho la proporción en el resto de los territorios que forman la actual República, donde no pasan del 56 por 100 en estadísticas favorables. Por estas planicies anduvieron en siglos remotos los cimerianos, verosíblemente letto-eslavos, según opinión de algún especialista. Por aquí se dilató el Imperio escítico y el de los sauromatos. Por aquí atra-

vesaron innumerables pueblos invasores; aquí hicieron su asiento los tártaros y mongoles del Asia; aquí, en fin, establecieron sus campamentos los cosacos, que en lucha con los turcos, tártaros eslavizados á su vez, admitieron en su seno á los valientes de todas procedencias á quienes arrastraba el ansia de aventuras. Y en el mosaico de ahora, donde sobre los ucranios, grandes rusos, israelitas, polacos y alemanes se mezclan aún rusos blancos, checos, rumanos, tártaros, búlgaros y griegos, es imposible pretender la «unitá di origine» característica de las nacionalidades, según Mancini.

¿Quién puede aclarar el verdadero grupo etnográfico á que los rumanos pertenecen? A pesar de su nombre, no es presumible que desciendan de los legionarios y de los colonos introducidos por Trajano y que se retiraron casi en masa, por orden de Aureliano, en el siglo III al otro lado del Danubio. Seguramente á la de los antiguos Dacios y Getas agregóse sangre latina, así como también la de gentes célticas, eslavas, ilirias y la de magiares y pechenegos. Aún en la Moldavia y la Valaquia véense además muchísimos cingaros y cientos de miles de hebreos. En la Besarabia hay rumanos, rusos, búlgaros, griegos y alemanes. En la Transilvania y la parte del Banato las razas constituyen un laberinto; en el gran recodo de unión entre los Cárpatos y los Alpes Transilvanos hállanse los Szekely, que se consideran como los más nobles de los húngaros. Al lado de los Szekely, en la alta llanura del Olt ó Aluta, alrededor de Brasso, en la región montuosa al Norte de Fogaras y de Hermanstadt hasta Schässsburg y en Bestritz, viven masas compactas de alemanes que en ciertos distritos constituyen más del 75 por 100 de los moradores; estos germanos, á los que se llama sajones indebidamente, pues fueron traídos de las orillas del Rhin por los Reyes de Hungría, dieron al país el nombre de Siebenbürgen y conservan perfectamente la lengua y las costumbres de la madre patria. En la Dobrudscha los rumanos son minoría, contándose por millares los turcos,

los búlgaros, los lipovanos ó rusos heréticos, los rusos ortodoxos, los tártaros, los griegos y los judíos.

Grecia, la Grecia antigua, la Grecia de los pelasgos y de los helenos, no tuvo unidad de raza ni aun en los mejores días de los tiempos clásicos. El estudio de la estatuaria demuestra nuestra afirmación: el antropólogo encuentra en ella dolicocéfalos y braquicéfalos. Tipos como el de Sócrates, que en nada se parecen al busto de Pericles. Historiadores y poetas hablan de gentes con ojos azules y pelo rubio, y gente de tez morena y cabellos negros. Dejando á un lado la subsiguiente influencia de los latinos, no ha de negarse la de los ávaros, señores del Peloponeso durante más de dos centurias. Luego trocóse Grecia en una Eslavia, con lengua eslava, de la que resta como vestigio la mayoría de los nombres locales. Los turcos portáronse como señores, y cuando la dominación veneciana hubo una verdadera invasión de albaneses. A esto debe agregarse la existencia de grupos de zínzaros y el predominio de los búlgaros en lo de Macedonia.

En Yugo-Eslavia, aun en la Serbia propia, además de serbios hay muchos válacos, albaneses y búlgaros, que predominan en la Macedonia incorporada, donde tampoco faltan turcos. En la enorme extensión de la Eslavia del Sur que perteneció á Austria-Hungría, sobre la base de los antiguos moesios, ilirios, panonios y libúrnicos, en parte celtas, en parte pelasgos y en parte albaneses, actuaron eficazísimamente los romanos. Cuando la llegada de los eslavos del Mediodía esclavizáronse, aceptando idioma y costumbres, los antiguos moradores. Luego vino el dominio de los ávaros y la presión germánica. Ante semejante cúmulo de circunstancias adversas los yugo-eslavos pierden terreno y se fragmentan en serbios, croatas, y eslovenos (á quienes nombraron siempre vendos los antiguos cronistas). Hoy se distinguen perfectamente los serbios y montenegrinos, los serbios bosniacos, los *Raitzes* ó eslavos de la Rascia, los serbio-croatas, los croatas puros, los croatas eslovenos y los eslovenos. En la Alta Dal-

macia se cree á los *morlacos* producto del cruzamiento de eslavos y albaneses. En Zara, en Spalato y en otros puntos del litoral los italianos dominaron un día y aún desempeñan un papel muy importante.

Se atribuye á los húngaros origen turanio; pero nadie, á juzgar por el hermoso tipo de los magiares, deduciría que pertenecen á la raza amarilla. La dominación de un puñado de invasores y el nacionalizar mediante la imposición del idioma á los vencidos, ocultan sin duda la verdadera ascendencia de estas gentes, que seguramente debe buscarse, como para los austriacos, bohemios, moravos, transilvanos, etc., en los celtas y en las tribus de yacigios, quados, getas, dacios y otros habitantes de la cuenca del Danubio. Godos, gépidos, vándalos, alanos, eslavos, germanos, hunos, ávaros y turcos han acampado en esta gran llanura; pero la fuerza de asimilación del elemento magiar ha traído una unificación asombrosa. Los alemanes mismos se magiarizaron rápida y absolutamente ante el desprecio de un elemento hostil, al que oía decir de continuo que «donde hay un germano hay un perro» (Eb a nemet kutya nélkul), y las crónicas mencionan multitud de colonias alemanas cuya nacionalidad se perdió del todo y donde las familias llegaron á ser completamente húngaras hasta por el apellido, que ó tradujeron ó cambiaron. Pero el abismo etnológico entre Hungría y Austria es mucho menor de lo que generalmente se cree.

En Checo-Eslovaquia la base primitiva de la población resulta céltica. Las tribus de los *volcae tectosages* y de los *boji*, acabaron por ser reducidas á servidumbre en la *Bojohaemum* ó Bohemia por los germanos (*marcomanos* y *quados*), que cuando se trasladaron á Baviera fueron substituídos por los longobardos y los rugios. En las fronteras de Checo-Eslovaquia y Hungría habitan los válacos ó *welches*, nombre que los germanos daban á los extranjeros vencidos, lo que hace suponer en estos *welches* la persistencia de una colonia de boyos.

A principios del siglo vi aparecieron los eslavos, que comenzaron la lucha con las tribus alemanas. La contienda secular ha sido una de las más duras y crueles que la Historia registra. Pero conviene advertir que nunca los germanos fueron desarraigados de esta comarca; distritos hay, principalmente en el país de los Schönhengstler (tierras altas de Moravia y de Bohemia), constantemente ocupados por aquéllos.

En el siglo xii la germanización, iniciada algún tiempo antes, progresó rápidamente; los alemanes, más civilizados de reconocida habilidad para el comercio, para la industria, para la agricultura y para las artes, fueron llamados por los monarcas y por las Ordenes religiosas, concediéndoseles latifundios, extraordinarias comisiones é importantísimos privilegios. Los activos huéspedes cambiáronse pronto en señores, y á fines de la centuria xiv^a Bohemia figura entre las tierras alemanas. La guerra de los hussitas, que más era de raza que de religión, devolvió la preponderancia á los checos. La guerra de los Treinta años volvió á cambiar la situación en pro de los alemanes: cuando tras una matanza increíble sólo quedaron en Bohemia de 3.000.000 de almas unos 780.000 habitantes, llevóse para repoblar los campos devastados labriegos, ó bávaros, ó sajones, ó de la Franconia. «Muchas familias que servían la patria tradicional, escribe L. Niederle, emigraron, muchas sucumbieron, muchas cambiaron de nacionalidad. Dominios inmensos fueron conquistados y pasaron á manos extranjeras. Así, en los siglos xvi y xvii, la población alemana creció y el círculo alemán que estrechaba á Bohemia siguió aumentando». En el siglo xviii el movimiento continúa en el mismo sentido; pero en el xix surge el renacimiento del alma checa y se vuelve á las encarnizadas luchas de antaño.

La falta de unidad étnica no consentía ya ni aun la integridad de Bohemia como circunscripción administrativa; pedíase muy razonablemente que los distritos del Oeste y del Norte, donde el elemento germánico predomina, cons-

tituyesen una nueva provincia, la *Deustsch Böhmen*. Los checos oponíanse á la disgregación, fundándose en la intangibilidad de límites de lo que fué reino de San Wenceslao; pero es el hecho que en la Moravia de 2.500.000 habitantes sólo son checos 1.800.000, en Bohemia de 6.500.000 habitantes los checos son 3.930.000 y en Silesia entre 700.000 habitantes los checos no pasan del 22 por 100 (unos 150.000).

Aun dentro de los mismos eslavos de la Checo-Eslovaquia la unidad étnica no existe. Cerca del paso de Demazlice ó de Taus, abierto entre las dos secciones del Böhmerwald, encuéntranse á la vecindad de Baviera los *chodos*, en cuya bandera se representaba un perro de ganado, símbolo de la fidelidad y de la vigilancia; estos chodos no son checos, sino polacos, y los hizo venir de Gnesen, cerca de Posen, Bretislao I para encargarlos de la custodia de la frontera. La rama checa de los moravos subdivídese de antiguo en numerosas tribus, como las de los Hanacos y Horacos. En cuanto á los eslovacos, afirman los checos que por el origen, historia y lengua son parte integrante de su nacionalidad; los eslovacos lo niegan siempre. El Dr. Czambel ha rebatido el que los suyos se deriven de las tribus eslavas venidas del Norte, de las que proceden los moravos y bohemios, y sostuvo que las gentes de Eslovaquia no pertenecen al grupo occidental, sino al meridional de los pueblos eslavos.

Ninguna, pues, de las nacionalidades nuevas responde á la existencia de una comunidad de origen, de una raza propia y diferenciada. Así tenía que suceder, ya que frente á las afirmaciones teóricas de Constantino Frantz, de Bluntschli y de Mohl, surge la realidad abrumadora de que, como piensa el Sr. Dorado Montero, «la unidad y pureza de la raza es un mito». Prat de la Riba, hablando de la variedad de tipos humanos, escribe que «se encuentra en todas las nacionalidades por antiguas que sean», añadiendo, «y poco observador se necesita ser para no caer en la cuenta del mismo fenómeno en las nacionalidades

de ahora: testas semíticas, cabezas de bola, tipos germánicos, cráneos alargados, matices de todas clases en ojos, piel, cabellos.....» Para Reclus todos, asolutamente todos los pueblos europeos, son una amalgama, y cabe por ello decir que «ni los latinos son latinos, ni los germanos son germanos, ni los sajones son sajones».

En este aspecto da quiebra también el antiguo principio de Mancini.

Los nacionalistas impenitentes, sin dejarse convencer, buscan otra base á su credo. Como Gumpłowicz, critican á cuantos á semejanza de Mohl siguen los derroteros apuntados, censurándolos por confundir la unidad nacional, que no es un concepto étnico, sino un concepto histórico elaborado á través de los siglos y que produce precisamente la fusión de la tribus, con la unidad natural y con la comunidad de origen. «La nacionalidad, manifiesta el celebrado autor del *Derecho político filosófico*, presenta en efecto una unidad; pero esta unidad no es étnica, sino moral y espiritual, unidad que sólo se manifiesta exteriormente por medio de la lengua común». Para Schäffle un idioma es la capitalización simbólica de todo el trabajo mental, el símbolo exterior del carácter espiritual de un pueblo. Y Mancini exigió en las naciones «la unitá di lingua».

Enfrente de estas afirmaciones hay otras no menos características, pero más verdaderas. «Aun en el seno de una misma nación que no posee sino una sola lengua literaria — son frases de Jellinek — pueden manifestarse profundas diferencias en el lenguaje del pueblo, y tales diferencias no se limitan siempre á variantes en la pronunciación». Gil y Robles afirma que la experiencia de los varios dialectos y aun idiomas que se hablan en la mayor parte de las naciones, desmiente el aserto de que la unidad de lengua sea precisa para la unidad nacional. Según Dorado Montero, aunque la lengua común resulte muy importante para la constitución de las naciones, no es siquiera uno de los elementos esenciales de las mismas;

pues así como hay varias nacionalidades en que se hablan distintas lenguas, existen también, por el contrario, distintas nacionalidades en que se usa el mismo idioma. Y el Sr. Pí y Margall, sosteniendo que la cuestión de lenguas no puede ser nunca principio que determine la formación de pueblos ó su reorganización, expone que con arreglo á tal criterio «Portugal estaría justamente separado de España; Cataluña, Valencia, las islas Baleares deberían constituir naciones independientes. Entre las lenguas de estas naciones y la de Castilla no hay de seguro menos distancia que entre la alemana y la holandesa, por ejemplo, ó entre la castellana y la de Francia. Habían de vivir aparte, sobre todo los vascos, cuya lengua no tiene afinidad alguna, ni con las de la Península, ni con las del resto de Europa. En cambio deberían venir á ser miembros de la nación española la mitad de la América del Sur, casi toda la Central y gran parte de la del Norte. Habían de formar éstas, cuando menos, una sola República. Irlanda y Escocia habían de ser otras tantas naciones..... ¡Qué de perturbaciones para el mundo! ¡Qué semillero de guerras!»

Los nacionalistas, ante réplicas tan convincentes, han rectificado y ampliado su criterio, proclamando que la nación la determina la unidad espiritual, que se manifiesta en una cultura común. Esa unidad espiritual exteriorízase principalmente en la comunidad de lengua, en la identidad de costumbres, de sentimientos artísticos, de religión y de leyes. (Ahrens y Bluntschli). «El pueblo, dice el Sr. Prat de la Riva, es un principio espiritual, una unidad fundamental de los espíritus, una especie de ambiente moral que se apodera de los hombres y los penetra y los amolda y los trabaja desde que nacen hasta que mueren. Ser nación es tener una lengua, una concepción jurídica, un sentido artístico propio.....» Y Maurice Block, reproduciendo ideas de Stuart Mill, pide también «identidad de antecedentes políticos, la posesión de una historia nacional, la comunidad de recuerdos, el orgullo y la humilla-

ción, las satisfacciones y amarguras colectivas, debidas á los mismos incidentes del pasado». Aquí apuntaba Mancini, cuando habló de «comunanza di vita» y de «cons-cienza social».

Y preguntamos de nuevo : ¿ Reunen estas circunstancias los Estados recientemente creados en Europa?

De Finlandia se puede asegurar que ha permanecido hasta hoy sin historia propia y sin formas características y diferenciadas de civilización y cultura. Cabe decir que nunca ha sido Estado independiente. Las tribus finnias que ocuparon en el siglo VII el territorio arrebatándoselo á los lapones vivieron una vida primitiva hasta que en el siglo XII las conquistó y las convirtió al cristianismo Suecia, que tuvo al país bajo su yugo hasta tiempos bien recientes. En opinión de Montelius, Profesor de Stockholmo, antes de la inmigración finnia había ya tribus suecas en el suelo de la Finlandia actual. Pero de todos modos la influencia sueca fué absoluta ; por los suecos implantóse pronto la religión luterana, y suecos fueron los pensamientos, los sentimientos, el movimiento cultural de los finlandeses, lo mismo en la literatura que en las artes, y la manera de entender la vida pública y hasta las manifestaciones más íntimas del modo de ser de los habitantes. Cuando en 1772 Gustavo III dió una Constitución á sus dominios extendiéndola á Finlandia, que ni obtuvo ni pretendió ninguna autonomía particular. Las luchas entre suecos y rusos, dando á éstos la victoria, permitiéndoles arre-batar á Suecia la Finlandia, y entonces se creó la situación especialísima que suponía una provincia que permaneció sueca y que quedó incorporada á Rusia. Este factor sueco, como reconoce Brunou, sigue profundamente arraigado, guiando las costumbres y aspiraciones del pueblo y ejerciendo funciones de clase directora ; frente al moscovita tornóse, como era natural, en partidario de una separación más ó menos disfrazada, dándose sus individuos aires de patriotas fervientes. El finlandés nada significaba, nada era ; incluso su idioma no pasaba de la ca-

tegoría de un lenguaje vulgar, propio de las clases inferiores. En la Dieta de Borgo de 1809, el mismo brazo de los campesinos exigió el mantenimiento como lengua oficial del sueco.

La situación política, y en realidad el odio de los suecos á los rusos, engendró el nacionalismo finlandés. El sueco, sin embargo, siguió hablándose. Y de esta manera el mismo Rovira y Virgili encuentra en Finlandia el curiosísimo caso «de una nacionalidad que no tiene unidad de raza y unidad de lengua», á lo que podía haber agregado también que carece de historia y de una propia cultura.

Rusia en estas circunstancias no impidió el movimiento nacionalista finno, viendo en él un ataque á los sueco-finlandeses, á los que se proponía substituir con una rusificación continua y lenta. Pero el movimiento nacionalista finlandés, lo mismo en lo político y social que en lo literario, marchó más á prisa que el de rusificación. El partido autonomista, según ocurre igual con los de algunas regiones en otros países, aprovechábase de la marcha de los sucesos, obteniendo ventajas para sus paisanos. De esto se quejaba en 1910 Stolypin, con las siguientes frases: «Finlandia, parte integrante de Rusia, aunque dista por ferrocarril una hora escasa de San Petersburgo, posee aduanas propias, y sus habitantes por más que son súbditos del Czar no contribuyen en nada á las cargas generales del Imperio». «Un finlandés en Rusia es considerado como un compatriota, mientras que un ruso residente en Finlandia es tratado como extranjero, casi como un *outlaw* (hombre fuera de la ley), y tan es así, que un ruso no puede desempeñar en aquellas provincias cargo público ni usar del derecho del sufragio».

A pesar de situación tan favorable los nacionalistas, siguiendo su marcha de siempre, estimularon el sentimiento de localismo y pasaron en sus aspiraciones desde la autonomía á la separación, lograda gracias al desgobernio que en la antigua monarquía de los Czares ha traído el magno conflicto bélico de Europa.

La República esthoniana tampoco corresponde á ningún Estado que haya sido en otros tiempos independiente. En la alta Edad Media la Esthonia quedaba comprendida en la Finlandia. Sobre la primera actuaron los caballeros *Porta-Espadas* y los de la Orden Teutónica. Después de la introducción del luteranismo Suecia conquistó el país, que luego cayó en manos de Rusia. En la Letonia (Livonia y Curlandia) las tribus léticas, sojuzgadas y civilizadas por los Teutónicos, sufrieron una intensa germanización; sin recabar tampoco su independencia pasaron á poder de Polonia y luego al de los Czares. Continúa, pues, la carencia de historia propia y de unidad de cultura y de civilización, fundamentos indispensables á los nacionalistas. En lo tocante á los idiomas, alternan con el estho y con el livo, del grupo finés, el letón, el ruso y el alemán hablado por germanos, que constituyeron la aristocracia y seguían siendo dueños de la instrucción, del dinero y de las tierras. Rusia, más afín á los letones, ayudaba á la emancipación contra el germanismo preparando la fusión íntima entre letos y eslavos, como la hubo en remotísimas edades.

Esta acción de los rusos desenvolvíase por idéntico camino y por iguales razones en la Lituania. Los lituanos y los letos son de la misma sangre. Sus idiomas respectivos acusan también la fraternidad; el lituaniano, de formas más arcaicas, hállase, en sentir de los filólogos, en la misma relación con el letonio, que la que puede existir entre el latín clásico y el italiano de ahora. Los lituanos resistieron mejor que los lettones la germanización; apoyándose en los eslavos, confundiéndose con ellos, formaban en los siglos XIII y XIV un Estado extensísimo que se dilataba del mar Báltico al mar Negro. A pesar de todo su poderío, obedeciendo á una ley de atracción inevitable, Lituania se incorporó en las postrimerías del siglo XIV á Polonia mediante el matrimonio de la Reina de este país, Hedwige, con Ladislao Jagelon, Duque lituano; la unión, que mantenía un régimen autonómico para las dos

coronas, duró hasta el siglo xvi, en que se pactó en Lublin, el 1569, que Polonia y Lituania tuviesen un Parlamento común. Lituania, tan relacionada con la Ucrania y con la gran Rusia, comenzó á polonizarse. Desde la unión de Lublin, y como dice Niederle, «las instituciones y la lengua polacas se impusieron á las instituciones y á la lengua de los indígenas; las clases superiores de la sociedad se polonizaron y la colonización polaca penetró en el país, especialmente en la Polesia». Más tarde Lituania, siguiendo la misma suerte que Polonia, fué repartida entre Rusia y Prusia; aun entonces el proceso de polonización, enlazado con otro paralelo de rusificación, siguió adelante. El escritor lituano que se firma Rankus, evidencia cómo la nobleza y el clero estaban desnacionalizados en absoluto.

Dmowsky nos enseña que en 1863 «los polacos eran, cual antes, el elemento dominador desde los puntos de vista intelectual y económico», y que el «país había conservado integralmente su fisonomía polaca». Desde esa fecha la influencia directa rusa aumenta y surge el movimiento nacionalista. Pero Lituania, sin verdaderos antecedentes históricos y con variedad de razas y de religiones, usa del mismo modo varias lenguas; el hermoso lituaniano nunca tuvo carácter oficial, ni cuando dominaban á los malo-rusos, disputando frente á Moscou el porvenir á la Gran Rusia ni cuando se juntaron con Polonia.

Respecto á esta famosa Monarquía, es por su pasado inseparable de Lituania y del resto de Rusia. Ya hemos visto la identificación de lituanos y polacos, á los que se pretende distanciar en estos años últimos. Lituanianos y no polacos han sido, por el nacimiento, el más ardiente defensor de Polonia Kosciusko, y su poeta más brillante, Mickiewicz. La Polonia de hace dos siglos comprendía el territorio que tiene la República del mismo nombre ahora y además el resto de la Galitzia, la Lituania, la Ucrania propia, la Podolia, la Volhinia y las provincias del Báltico. En vano un idioma viril y áspero, y el credo cató-

lico, así como una vida propia en lo político y social de muchos siglos, pretendían crear una nación aparte; la Polonia, verdaderamente tal, enlazábase con la Polonia lituana del Norte y con la Polonia de los malo-rusos al Sudeste y Mediodía. Aun en la Polonia polaca, llamémosla así, la unión no acababa de verificarse, y sus discordias la perdieron; hallándose la debida explicación á la extraordinaria tragedia en el antiguo refrán que dice: «Dos polacos, tres partidos». Polonia, es la frontera occidental de la civilización y de las gentes leto-eslavas, necesita y necesitó del auxilio de las mismas, de la compenetración con ellas para luchar con el elemento germano. Por eso aun en los instantes de máxima opresión rusa ha preferido la ferocidad moscovita á la presión sistemática con que les amenazaba Prusia. Por eso Dmowski, en su obra *La cuestión polaca*, no sólo no repugnó el acuerdo con los rusos, sino que preconizó una inteligencia polaco-rusa para combatir al germanismo amenazador y absorbente. Y muchos polacos participaban de la opinión de Dmowski.

La Ucrania propia, aunque tuvo desde siglos remotos el sentimiento de la unidad rusa, formó un Principado aparte cuya capital era Kiev. El esplendor y poder de este Principado decayeron pronto y Ucrania entró en la soberanía de los reyes de Polonia. Pero el orgullo de éstos irritó á los ucranios, que dirigidos por Bogdan Khmel-nitski, á mediados del siglo XVII vencieron á Juan Casimiro II y se pusieron bajo la protección del Czar Alejo (1653), justificando su resolución por la comunidad de intereses y de raza. La Galitzia y otras provincias occidentales perduraron en poder de Polonia; por ello pasaron posteriormente, á formar parte del Imperio austro-húngaro. Pero la Ucrania de hoy es algo más que la pequeña Rusia y que la Galitzia del Este. Es la otra Ucrania, la verdadera Ucrania, que no fué ni pudo ser Estado porque era simplemente frontera de rusos y turcos, campo de lucha donde á favor de la cruz combatían, bajo título

de *cosacos*, gentes de las más varias procelencias. En la Crimea, en el Sur, perduran los recuerdos de un imperio tártaro, conservándose típicas construcciones, y entre ellas algunas mezquitas; hay lenguas diversas, como hay religiones diferentes. Y así, sin base alguna, ha querido reconocerse, con fundamentos de nación, un Estado nuevo, cuyos dominios son tan extensos como faltos de límites naturales.

Rumania se ha constituido con territorios que jamás vivieron juntos: Valaquia y Moldavia, regidas tantos años por jefes diferentes; Besarabia, antes de Rusia; la Dobrudscha, donde el pasado y el presente hablan del predominio de búlgaros y turcos; la Transilvania, que tuvo sus caudillos y sus héroes, que se colocó al lado de los Hapsburgos cuando los movimientos de 1848, y en la que han marcado hondas huellas la civilización de los germanos y la de los magiares.

Hungría, poblada por estos últimos y en realidad por una raza mixta á la que es difícil reconocer carácter tu-ranio, fué guiada en el camino del progreso por los alemanes. Como dice Paul Hunfalvy, si el elemento magiar fundó el Estado, los germanos son los que han fundado las ciudades y los que han dado origen y desarrollo con ello á la industria, al comercio y á la civilización. Hungría, que sin embargo tuvo una historia brillantísima, supo sacrificar parte de su orgullo, y en vez de prentender una vida aparte, á la que por tantas circunstancias tenía derecho, estimaba más conveniente vivir regida por los Hapsburgos, en cuyas sienes vió con gusto reunidas la corona imperial y la de San Esteban.

Checo-Eslovaquia intégrase con comarcas no de un solo Estado, sino de tres: Bohemia, la Bohemia de Otakar, de Huss y de Ziska; Moravia, la gran Móravia de Mojmir, de Rostislav y de Svatopluk, cuya capital era Velchrad y cuyos dominios iban desde el Saal hasta el Theis y el Danubio, ó desde los manantiales del Dniester hasta el Fichtel Gebirge, y la Eslovaquia, que desde 1031 se separó

de la Bohemia. En ésta hay distritos completamente alemanes. Los checos, ansiosos de hallar base á la nueva nacionalidad, quieren que el eslovaco sea dialecto del idioma que ellos hablan; pero William Ritter afirma que se trata de dos lenguas diversas, asegurando que el eslovaco «es inimitable en sus gracias ingenuas y en su lenguaje pastoral é idílico», con numerosísimas formas dialectales que varían no ya de valle á valle y de pueblo á pueblo, sino de barrio á barrio, aun en las pequeñas poblaciones.

Los checos, seguros de predominar en el porvenir, buscaban por todos los medios multiplicar los contactos; con este fin se creó la *Cesko slovanska jednota* (Unión checo-eslovaca), asociación que distribuye entre los eslovacos libros checos y hace que los niños y los obreros eslovacos vayan á educarse ó á perfeccionarse en sus oficios á las escuelas y talleres, respectivamente, de la Bohemia. El checo Niederle confesaba que semejantes tentativas no han obtenido ningún resultado. Por eso no soñaba ni creía factible, hace bien poco, la Checo-Eslovaquia de ahora: «no hemos de hacer más que reconocer y respetar la individualidad de los eslovacos y desear que permanezcan fieles al sentimiento de la solidaridad y de la unidad moral de su agrupación y de la nación checa».

La Yugo-Eslavia intégrase con componentes tan distanciados como Macedonia, Montenegro, Serbia, Bosnia, Herzegovina, Croacia, Eslavonia, la Dalmacia (probablemente) y la Eslovenia. En conjunto se pueden señalar tres agrupaciones características: la de los eslovenos de la Iliria, cuyo centro es Liubiana; la de los croatas, con su metrópoli en Zagreb, y la de los serbios, con su capital en Belgrado. El grupo esloveno, sometido desde muchas centurias á los alemanes y súbdito desde el siglo XIII de los Hapsburgos, encuentra su hogar en la Carniola. Según René Henry, como «no tiene historia nacional y por consiguiente no defiende ningún derecho de Estado, puede adaptarse con facilidad al grupo croata»; pero simultáneamente reconoce el propio René Henry que se trata de

una evolución apenas iniciada y susceptible de cambiar de curso ante la intervención de tales ó cuales hechos.

Serbios y croatas constituyen á su vez dos grupos, que figuran como tales desde muy antiguo: el segundo avanzó al Oeste hasta el Adriático, el primero dirigióse al Sur, á la península de los Balkanes. Los croatas sujetos á Bizancio entran después en el Imperio de Carlos el Grande. Lograda pronto su independencia, constituye Croacia —bajo Tomislav, en 924— una Monarquía que á fines del siglo XI comprendió además la Eslavonia y la Dalmacia, teniendo por vasallo el Ducado de Bosnia. Tal era el reino triunitario de Croacia-Eslavonia-Dalmacia. A fines del siglo XI Croacia (menos los bosniacos que hicieron un Principado independiente) incorpórase á Hungría, y con ella pusiéronse, en 1526, bajo el cetro de los Hapsburgos. Los serbios no forman un Estado propiamente tal hasta el siglo X ó el XI, y su período más brillante viene cuando ya los croatas eran regidos por los soberanos húngaros; los serbios, después, cayeron bajo el yugo otomano, que los croatas no han tenido que soportar. Tras varias insurrecciones, ya en la centuria pasada, recobraron su independencia, y ahora pretenden ser los directores de la Yugo-Eslavia. Dentro del grupo serbio los montenegrinos llevan vida aparte, y todavía en la Yugo-Eslavia marítima habría que hablar del papel de ciudades como Ragusa y Zara, en cuya organización y régimen entraron por mucho los recuerdos de las colonias latinas y el influjo de Venecia.

Entre serbios y croatas se abrió un abismo difícilmente franqueable. Tuvieron, según opinión generalizada, análogo origen; para Seton-Watson, incluso las palabras Serbia (Srba) y Croacia (Hrvatska) son etimológicamente una misma, difiriendo sólo por la escritura empleada en uno y otro pueblo.

Serbios y croatas se han mantenido en distintas esferas de influencia. Los croatas, en relación con los Pontífices romanos, hiciéronse católicos, adoptaron el empleo de caracteres latinos y se sometieron á la cultura de Occi-

dente. Los serbios, al contacto de Constantinopla, sufren el influjo de la cultura de Bizancio, convirtiéronse en ortodoxos y usaron el alfabeto cirílico. Los serbios, después, forman parte del Imperio turco, y los croatas del de Austria-Hungría. Antes de la guerra el movimiento nacionalista de los croatas no se inclinaba hacia la Yugo-Eslavia de hoy. «Decir que existe en ellos (escribía Albert Malet), en la masa del pueblo, un movimiento *pan-serbio* sería absolutamente falso». René Henry no creía en la futura inteligencia y unión de las gentes serbo-croatas. «El croata—son sus palabras—sabe que el serbio más quiere anexionarlo que juntarse con él. El serbio será siempre para el croata un oriental. Es muy probable que la paz convenida entre ellos no tenga larga duración. O conflictos de orden religioso en el reino de Croacia, ó conflictos nacionales en la Bosnia, ó una inteligencia entre serbios é italianos, rivales de los croatas, bastarán para abrir el foso secular, mal encubierto, aún subsistente».

Y Jellineck, mirando al aspecto de las creencias, manifestaba: «los croatas y los serbios hablan la misma lengua, pero los primeros pertenecen á la Iglesia romana y los segundos á la griega; precisamente por esto se consideran como naciones distintas».

Después de lo apuntado por nosotros cabe asegurar que los nuevos Estados de la Europa ó carecen de unidad geográfica, ó de unidad étnica, ó de unidad de lenguaje y religión, ó de unidad de cultura, ó de esa unidad impuesta á través de los siglos por la identidad de evolución histórica; y aun á la mayor parte les faltan á la vez todas las anteriores circunstancias, es decir todos los fundamentos que se imaginan indispensables para constituir nacionalidad.

Esto no arredra á los nacionalistas; no creyeron esencial á su doctrina ni la base de un conveniente medio geográfico, ni el parentesco de la sangre, ni el empleo de este ó del otro idioma. Batiños de trinchera á trinchera pres-

cinden de la paridad del credo religioso y aun de la unidad espiritual de cultura. Según Renán, el hombre «no es esclavo ni de su raza, ni de su lengua, ni de su religión, ni de las corrientes de los ríos, ni de la dirección de las cadenas de montañas. Una gran agregación de hombres, sana de espíritu crea una conciencia moral que se llama nación». ¿En qué se parece esto á «la sociedad natural de hombres con unidad de territorio, de origen, de costumbres, de lengua», que definía Mancini?

Duguit, Elorrieta, Posada, el P. Teodoro Meyer, Jellineck, Hauriou, siguen la tendencia de que la identidad de antecedentes políticos y, en resumen, la historia es el factor primordial y único de las naciones.

Meditando sobre semejante criterio y sobre el expuesto por Renán, obsérvese que el principio de las nacionalidades se viene á tierra. Registra la Historia actos de fuerza pactos y convenios, muchos hechos, en fin, en los que para nada intervienen, v. gr., ni la cuestión del origen etnográfico ni la distinción ó comunidad de idiomas. La gran agregación humana, sana de espíritu y ardiente de corazón, de que habla Renán, tampoco tiene nada que ver con la raza, con la religión, con la lengua, con las montañas ni con los ríos.

La nación, producto del desarrollo de la Historia y la nación á que Renán se refiere, es la nación que, como dice el P. Izaga, formó «la humana voluntad, aconsejada en la práctica por mil circunstancias más ó menos fortuitas ó impuestas, como la vecindad de convivencia, el temor, el progreso mutuo; la voluntad humana, atenta siempre á fomentar la conveniencia de su perfectibilidad.....; voluntad que utiliza ó deja á un lado, ó atropella los lazos de la raza, ó contactos de lenguaje, fundiéndolos ó armonizándolos conforme le sirvan para mejor conseguir sus altos fines; voluntad que no se deja encerrar en los moldes de la cultura de un color, sino que crea otras nuevas ó modifica la presente con aportaciones propias ó extrañas, como mejor vea convenirle.....»

Laveleye coloca igualmente, incluso sobre las agrupaciones humanas etnográficas, las agrupaciones políticas electivas, que tienen sus raíces en la concordia de intereses y en el amor á la libertad.

La nación así concebida viene á destruir en su fundamento y en la práctica el cacareado principio de las nacionalidades. Con ello se rompe el fatalismo de muchas cadenas opresoras (fatalismo del medio geográfico, fatalismo del medio social, fatalismo de la raza) y se abren nuevos horizontes al espíritu.

Ponemos Estado donde se ponía nacionalidad.

Los nuevos Estados no tienen, no pueden tener mejor ni peor condición que tantos otros creados en el transcurso de las centurias, aunque surgiesen sin la unción casi divina de que á estos de ahora se pretende rodearles.

No por eso significan un paso atrás en el camino por el que marcha nuestra especie. El triunfo del hombre está no en ser esclavo de lo que le rodea, sino en seguir el ideal haciéndose lo más independiente que le sea dable de la Naturaleza y dominándola.

Respecto á que las nacionalidades y el resurgimiento de las mismas sean obra de Dios, es sofisma hábil y felizmente rebatido, con la profundidad de un teólogo, por el P. Izaga. Todo lo que hay en el mundo, incluso todo lo que hay en el hombre, puede decirse, en cierto sentido, que procede de Dios aunque de muy distintas maneras. Según la filosofía cristiana del docto jesuíta, algunas instituciones impúsolas al hombre el Altísimo, otras las deja á la libre elección de la voluntad, otras, en fin, reputadamente malas las tolera. En este último caso, respetando nuestra libertad natural y dejándonos la responsabilidad subsiguiente, puede tolerar la realización y desarrollo de actos y tendencias reprobados. Y respecto al principio de las nacionalidades, el asunto de si es obra impuesta, permitida ó tolerada por Dios, es muy discutible, ya que allí donde unos vén una manifestación recta y sana no falta quien halle un fondo de vanidades, de egoísmos y de re-

beldías. Las afirmaciones rotundas, por el estilo de las de Laurent, Deloche y Aranzadi, no pueden impresionar más que á los convencidos. Para los nacionalistas la filiación etnográfica, la existencia de idiomas y dialectos, la manera de concebir, v. gr., las artes en pueblos distintos, es obra de Dios; para los no nacionalistas, es obra de Dios el principio de la sociabilidad, que está por encima del de las lenguas y las razas, y que superando cualquier género de limitaciones físicas permite, con ventaja para todos, unirse políticamente á las gentes de distintas procedencias, de diferentes idiomas, etc., fundiendo las discrepancias en la armonía del interés común.

Dios es la verdad, y la verdad radiante y luminosa no admite en su seno contradicciones. En el principio de las nacionalidades consideran como fundamentos del mismo los que le siguen, aquéllos unos caracteres y éstos, otros; lo que para los primeros es substancial, para los segundos es innecesario. Cuando algunos espíritus eclécticos han intentado formar agrupaciones ó conjuntos de caracteres, han surgido entre ellos desacuerdos y controversias. Sobre tan movediza base, ¿cabe que la obra total pueda tener nada de sólida y de firme?

Y en los procedimientos prácticos de los nacionalistas, en los hechos engendrados al calor de sus doctrinas hay mucho, pero mucho, digno de censura.

En ocasiones, arrastradas por su ideal, han caído algunas almas ardientes en exaltaciones fecundas en desgraciadísimas consecuencias y que, por lo menos, representan una ceguedad á veces inconcebible. Recordemos cierto estrafalario plan del patriota húngaro Kossuth, quien en Junio de 1853 proponía á Suiza declarar la guerra al Austria, á la que según él vencería fácilmente, trayendo así la libertad á los magiares.

También es evidente que el disfraz del nacionalismo ha servido con excesiva frecuencia para favorecer á determinados partidos y aun á los bastardos apetitos de desaprensivos y ambiciosos. Con este antecedente se explica bien

que el P. Cathrein, exagerando la nota, dijese del principio político objeto de nuestro análisis que «ha entrado de contrabando en el Derecho moderno de los pueblos, que es una de las conquistas más bochornosas de nuestros días, del que se ha querido hacer palanca para derribar el orden existente».

Las enseñanzas de la Historia, sin embargo, no contradicen, sino que califican de cierta, la opinión del P. Cathrein. El principio de las nacionalidades comienza su actuación práctica en el siglo XIX. La Enciclopedia y la Revolución no eran nacionalistas, eran más bien cosmopolitas, mundiales. Consideraban á los humanos iguales todos y deseaban el triunfo de la fraternidad borrando cualquier género de fronteras. Ciertamente que Rousseau, Montesquieu, Quesnay, Voltaire, Turgot, etc., hablaron de las naciones; pero era en cierto aspecto, para distinguirlas del monarca, para proclamar la soberanía popular y para que quedaran bien determinados los deberes y derechos de los gobernados y de los gobernantes. En Alemania casi todos los grandes hombres del siglo XVIII pagaron tributo á las ideas cosmopolitas, y Goethe y Schiller consideráronse muchos años como ciudadanos del Universo. Dice Scherr que «los soldados de la República francesa, con la boca llena de fraternidad universal, hicieron en las regiones del Rhin tales comentarios sobre el texto cosmopolita que los germanos comenzaron á pensar en una nacionalidad propia». Scherr, como tantos otros, no comprendió bien el espíritu de la guerra de liberación alemana; no es lucha por el triunfo del principio de nacionalidad, sino, análogamente á lo ocurrido en España, una lucha por la independencia.

El gran corifeo de todos los nacionalismos fué Napoleón. Su astucia le llevó á servirse siempre de un principio en el que, según lo demostraban los hechos, no creía. Después del Tratado de Presburgo pareció inclinarse á favorecer el nacionalismo alemán haciendo renunciar la corona del Imperio á Francisco II; pero inmediatamente

se hizo reconocer *protector* de la Confederación del Rhin y dió á su hermano Jerónimo Bonaparte el trono de Westfalia, probando que todo se reducía á substituir á los Hapsburgos y que el cambio lo efectuó en beneficio propio.

Napoleón halagó á Polonia. Cuando llegó á Posen en el invierno de 1806 parecía pronto á restaurar el antiguo reino de los Segismundos. «Este pueblo—decía en su Boletín—ha reanimado en la desgracia sus sentimientos de amor á la patria y de nacionalidad; su pasión primera es la de volver á ser nación. Los ricos salen de sus castillos para venir á rogármelo y á ofrecerme su influencia, su riqueza, los brazos de sus hijos. ¡Patético espectáculo! Ya en todas partes los polacos han tomado las costumbres y el traje de sus antecesores». Los poetas aplaudían lo que suponían inmediata resolución del hombre insigne:

«Ecco poscia un diadema in tre spezzato
(Se non inganna dello sguardo il volo)
Saldarsi, e rotto del gran Sire al fiato
Qui tre brani animarse e farne un solo.

Rompe al nuovo prodigio il vendicato
Polono i ceppi, e dell'artico polo
Alle barbare torme oppon pui saggio
Saldi schermi di ferro e di coraggio».

(Manti, en la *Spada di Federico*).

En el verano de 1812 Napoleón no sólo trató de animar el patriotismo de los lituanos que le aclamaron en Vilna, sino que siguió favoreciendo á Polonia, que le proporcionó durante mucho tiempo soldados excelentes. Napoleón en realidad no hizo nada definitivo por Polonia; esto hubiera sido perturbador para sus miras egoístas. Por eso cuando una diputación de la Dieta de Varsovia le apremiaba manifestándole, «decid que esta desgraciada nación existe y vuestro decreto será una realidad», limitose á responder con evasivas: «si hubiese sido monarca cuando los repartos hubiese armado á todos mis súbditos

para sosteneros. Todo lo que dependa de mí, lo haré». Pero no hizo nada.

Unicamente por molestar á los Hapsburgos habló de la formación, con los eslovenos, de la Iliria. En realidad no había para ella base y no se llevaba intención sino de encontrar frente al Austria un nuevo recurso. Los ilirios dejaron morir al iluso poeta Vodnik en la miseria.

El nacionalismo italiano constituye también un capítulo interesante. Antes del siglo XIX los italianos amaban á su patria, sufrían con sus dolores, ensalzaban sus bellezas; pero bien avenidos con los Principados, Repúblicas y Reinos existentes, no suspiraban por la unidad, aunque en ocasiones lamentaban la falta de independencia ó los daños causados por el extranjero. Sólo la fuerza de los prejuicios ha podido encontrar *à posteriori* una como profecía de lo que iba á suceder en los versos con que Chiabrera celebraba á Carlos Manuel I el Grande de Saboya, en los que en honor al mismo compuso Juan Bautista Marini, ó en aquellos otros con que Eustaquio Manfredi se alegra con el nacimiento de un vástago de la Casa reinante en el Piamonte:

«Vidi Italia col crin sparso ed incollo
Colá dove la Dora in Po declina
Che sede a mesta, e avea negli occhi accolto
Quasi un orror di servitú vicina».

En realidad abundan las composiciones en que á su vez se ponderan el pasado, el glorioso porvenir de Venecia, de Génova ó de Roma. Pedro Trapassi (Metastasio) hizo sonar la lira en obsequio de María Teresa. Vicente Montepaude á Francia unas veces y muchas otras la maldice, por «las desgracias y los infinitos males» que causó en la península del Apenino. Adula á Bonaparte, «rival de Júpiter, porque no podía tener rivales en la tierra», y en cuanto se hunde el imperio de Napoleón dispónese á rep-
tar á los pies de «el justo, el mejor de los reyes, el au-

gusto Francisco» de Austria, «Aquilón en la guerra y céfiro en la paz», quien le quitó muy razonablemente el sueldo diciendo: «éste canta á todos los que se lo pagan».

Fuera del terreno puramente literario tampoco se encuentra ninguna cosa que responda al principio de una nacionalidad deseada. En Lombardía Pedro Verri manifestó á Leopoldo II urgía hallar un medio que asegurara á los sucesores de dicho Emperador austriaco «nuestra fidelidad de buenos y leales súbditos». Paoli, el terrible corso, expresaba cuáles eran sus pensamientos con respecto á su país: «prefiero con mucho la agregación á las demás provincias francesas á una libertad independiente. ¿Cuántas veces, acaso por tentar mi ambición, no se me ofreció á mí la soberanía de la isla? Pero otro podría dejarse llevar y aprovecharse de tales tentaciones..... Lo que me consuela y me llena de entusiasmo es que podemos tener representantes en la Asamblea que un día ha de dar luz y la norma al Continente europeo».

Napoleón, para sacar más recursos y para mejor extender sus dominios, multiplicó las promesas. Los desig-nios de que alardeaba, según aparecen en las Memorias dictadas á Montholon, eran los de regenerar la patria itá-lica y reunir á los italianos en una nación independiente. Todo estaba dispuesto á tal fin. El Emperador esperaba con impaciencia el nacimiento de un segundo hijo, para llevarlo á Roma, coronarlo rey y proclamar la indepen-dencia de la hermosa península. Estos proyectos no con-cuerdan con la realidad; Napoleón, que gobernaba el te-rritorio á su gusto, se consideraba tan dueño de él como de Francia. Cuando se ciñó en Milán la corona de hierro, «para darle más temple y vigor, y para que Italia dejara de ser despedazada por las tempestades que pudieran so-brevenir», dijo: *Dios me la ha dado, ¡ay de quien la to-que!* Y en 1806 consideró á Nápoles y á Sicilia, «que han caído en nuestro poder por derecho de conquista», como partes del gran Imperio. El hecho es que desmembraba

dominios, fundaba y destruía señoríos y aun llegó á susurrarse quería introducir el francés en los actos públicos. Con motivo, pues, el Archiduque Juan, en 1809, decía en una de sus proclamas: «¡Italianos! Sois esclavos de los franceses, prodigáis por ellos vuestro oro y vuestra sangre; lo que os prometen es una quimera». Y no faltaron patriotas que empuñaron el fusil para librarse de la opresión de Francia.

Los aliados siguieron el mismo procedimiento que Napoleón. El General Conde de Nugent, Jefe de los contingentes ingleses y austriacos, decía á los pueblos de las Legaciones: «bastante habéis sufrido un yugo insostenible; restableced la patria y hacéos independientes».

El Congreso de Viena implantó el sistema de la legitimidad, dejando á un lado el de los nacionalismos. El Plenipotenciario de la liberal Inglaterra, Castlereagh, explicó el criterio dominante de establecer una armonía «bajo la cual pudiesen vivir en paz todos». En realidad los italianos no estaban dispuestos á la unidad ni la querían. Los genoveses hacían presentes los daños que iba á ocasionar «la reunión de gentes tan contrarias y discordantes entre sí como los subalpinos y los ligurios»; y pidieron que en vez de esto se les diera «un Soberano pariente de las augustas familias reinantes en Europa».

Las ambiciones del Piamonte, el apoyo que en él encontraron los liberales, á los que se juntaron los anticatólicos, y otra circunstancia de que hablaremos después, promovieron en realidad el nacionalismo. Los objetivos que atraieron más gentes eran el de proceder al destronamiento de cuantos soberanos no aceptasen el régimen constitucional, y el de arrojar al Austria del otro lado de los Alpes. Y llegado el momento oportuno el Piamonte, para buscar el apoyo material de Francia, no tuvo inconveniente en cederle Saboya, cuna de su propia dinastía. Después de Montebello, de Magenta y de Solferino, acordó Napoleón III con Francisco José en Villafranca que se formase una Confederación de toda Italia bajo la presi-

dencia del Pontífice. Esta solución federal, que pudo bastar á los alemanes para hacer su Imperio, no satisfizo á los nacionalistas del Apenino, mantenedores de la extraña teoría de que en la península, por imposición del medio geográfico, sólo era posible el Estado único.

Aun después de trasladarse la capital desde Florencia á Roma se siguió anhelando la liberación de la *Italia irredenta*. Llegóse así hasta la cima de los Alpes; los nacionalistas cambiaron de sistema para enmascarar su ambición. Acudióse al precedente etnográfico, al filológico y al histórico para reclamar la Istria, Fiume y aun la Dalmacia. Después se ha echado mano con toda franqueza del imperialismo: para dominar el Adriático, se busca la Albania; para intervenir en el Egeo, algunas islas del litoral de Anatolia; para hacer buen papel en el Mediterráneo, se interviene en Trípoli; ¿Dónde queda, pues, el italianísimo principio de las nacionalidades?

Este principio seguía una marcha análoga en Alemania. Ya hemos indicado más arriba que era desconocido allí en el siglo XVIII. El propio Federico II resultaba un afrancesado, según lo demuestran sus escritos y aquellas célebres cenas de Sans-Souci, donde tenía por comensales á Voltaire, á Maupertuis y á Dargents. Aquel gran monarca y gran caudillo miraba á la ciencia y al arte de su país, así como á sus representantes, con el mayor desprecio. Aun después de la guerra de liberación en que tanto se exaltó el ideal de independencia, ni Prusia ni ningún otro Estado pensó entonces en ser el porta-estandarte de la nación alemana. El nacionalismo surgió en las reuniones de estudiantes románticos que soñaban ó con repúblicas imposibles ó con la renovación al modo medioeval de un sacro imperio, idéntico al que veían descripto en las vetustas crónicas. Hubo asociaciones secretas, hubo también en Leipzig un auto de fe en que se arrojaron á las llamas, como símbolo de reacción, la coleta de una peluca, una vara de cabo de escuadra austriaco, una levita como las que llevaban los individuos de la Guardia Real en Ber-

lín y otros objetos por el estilo. Este nacionalismo no consiguió nada práctico. Entretanto Prusia se aplicaba á la reconstitución interior, atendía á las instituciones militares y organizó un formidable Ejército. Entonces fomentó el nacionalismo alemán que había de darla preponderancia. Presentó batalla y triunfó en 1866. Sin razón alguna arrojó voluntariamente al Austria de entre los germanos, error que paga ahora; disolvió la Confederación antigua é hizo otra nueva en favor propio. Cuando venció á Francia dió forma tangible en el salón de espejos de Versalles á su hegemonía. La prusianización fué rápida y dura. Sólo muy rara vez se dió el caso de que algún periódico como el *Vaterland*, de Munich, manifestara deseos de que en un «día de liberación volviese á los bávaros la Baviera». Prusia, culta y bien organizada, creó la Alemania que todos hemos conocido; el procedimiento enseñónosle Bismarck: «la inauguración y mantenimiento de una política de fuerza». «¡Las grandes cuestiones de nuestros días—fueron sus frases—no se resuelven con discursos, sino con sangre y fuego!» El éxito ha convertido lo que eran más ó menos legítimas aspiraciones de mando de un Estado fuerte en el triunfo de un nacionalismo, que para nosotros siempre fué muy discutible desde el momento en que exigió para nacer y desarrollarse la exclusión de Austria y de Viena, de las que no se puede prescindir en la evolución histórica de Alemania.

*
* *

También conviene advertir que á la sombra del nacionalismo, que se da títulos de libertador, germina á veces la opresión más despótica. Esto es un hecho, por desgracia nada raro. Los húngaros, que se sentían esclavizados por Austria, esclavizaron, en cuanto estuvieron en condiciones de hacerlo, á los eslovacos, á los rumanos de Transilvania y á los croatas. La Historia registra persecuciones casi increíbles; recuérdese, v. gr., la tragedia

del 27 de Octubre de 1907 en Cernova. Los bohemios se portan brutalmente con los germanos de su país. Los polacos han hecho sufrir más á los lituanios y á los ucranianos de Galitzia que lo que ellos padecían bajo los rusos. Aun en los mismos territorios en que la autonomía ó la separación nacionalista se han hecho sin atropellos de esta clase, se tropieza luego con otros inconvenientes. Por regla general se ha ido huyendo de un centralismo para caer en otro centralismo. Es como si en nuestra Península al centralismo de Madrid se le substituyese con el centralismo de Barcelona, de Bilbao, etc. No se olvide que el señor más insoportable era aquel que desde las ventanas de su palacio podía contemplar la completa extensión de sus dominios y fundos.

*
**

Una consecuencia gravísima del triunfo del llamado principio de las nacionalidades, ha de ser el aislamiento *contra natura* en que tendrían que vivir los Estados.

Si se quiere que en cada uno de los mismos haya unidad étnica y unidad de idioma, esto exige lógicamente que se expulse á quienes por pertenecer á otra raza vienen á perturbar la unidad. La Biología nos enseña, sin embargo, que los matrimonios entre consanguíneos más van en perjuicio que en beneficio de la especie, y que ésta sale mejorada con el cruce. «Lo que ocurre con los matrimonios en el orden social doméstico—dice acertadísimamente el P. Teodoro Meyer—esto es, que la unidad nativa de la sangre se interrumpe y modifica con la aportación adventicia de sangre extraña, puede aplicarse por cierta analogía al cuerpo político, cuando diversas gentes se agrupan en la unidad de un solo Estado. En ambos casos brilla la ordenación divina, haciendo que el vínculo originario de la naturaleza se modifique y aun quede absorbido por otro adventicio, conforme analógicamente al axioma del Gé-

nesis: «Dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer».

El aislamiento de pueblos, según lo preconiza el nacionalismo, veríase hoy agravado con la aspiración implícita en el Pacto de la Liga de Naciones á que cada una de éstas, gracias á una paz perpetua—análoga á la que se disfruta en los cementerios—, perdurase encerrada en las fronteras que se la hayan asignado. Al absurdo del aislamiento se juntaría el de la inmovilidad, desconociendo toda la esencia de la sociabilidad humana.

El aislamiento de razas con el subsiguiente de los Estados es cosa que nos transportaría ó á los tiempos primitivos ó á los pueblos salvajes. Para conseguir e estos últimos en algunas partes del Africa han creado esas «fronteras de anchura», colocando entre los dominios de uno y otro reyezuelo zonas intermedias, devastadas y completamente despobladas. La precaución es insuficiente, como insuficiente resultó incluso la famosa muralla de la China.

Las fronteras en los países cultos son lineales, puntos de contacto de Estados más ó menos poderosos. Los fatales cambios en la energía, en la vitalidad, en la potencia, hacen que la frontera se desplace. Los Estados Unidos han ido trasladando sucesivamente su frontera hacia el Grande Océano. Castilla se fué ensanchando hacia el Sur, desde el Duero al Tajo y desde el Tajo al Guadiana. Las razas mismas, antes como ahora, cambian de territorios: los galos antiguos y los celtas ocuparon un día la cuenca del Danubio, Bohemia y aun algunos distritos de la Anatolia. Los pueblos germánicos trasladáronse hacia las fértiles campiñas del Po, del Loire, del Garona y del Ródano y dejaron sitio á los eslavos, que llegaron hasta la península de los griegos y hasta los Alpes en los primeros siglos de nuestra Era. Después vino la reacción de los germanos, el *Drang nach Osten*, el empujón hacia Oriente, procurando reconquistar lo que primitivamente era suyo. Prusia, cabeza de Alemania, formóse mediante el avance

de los caballeros teutónicos en la tierra de los prusianos ó borusios, que eran, no alemanes, sino letos ó leto-eslavos.

La guerra actual y el reparto subsiguiente de Europa varía la situación política de las dos razas, eslava y germánica, á favor de la primera. Antes el influjo alemán imperaba, gracias á los austriacos, en buena parte de la cuenca del Danubio, que ahora ha perdido. A base eslava ó leto-eslava se han formado Letonia, Lituania, Ucrania, Polonia, Yugo-Eslavia y Checo-Eslovaquia, á las que se puede agregar muy bien Bulgaria, donde la raíz turaniana queda oculta casi totalmente.

No podemos negar que los Estados nuevos ofrecen mayor unidad etnográfica. Vínose abajo aquella Babel de lenguas, aquel mosaico de gentes que se llamaba Imperio de los Hapsburgos. También se han deshecho Turquía y Rusia. ¿Se ha ganado? Sólo contestaremos con estas palabras del P. Cathrein: «cada pueblo tiene sus sombras y sus resplandores, sus virtudes y sus defectos; las buenas y las malas cualidades están tan diversamente repartidas, que la falta de unas se vé compensada con la presencia de las otras». Pero para que haya tal compensación es preciso desterrar el aislamiento y la inmovilidad, que se derivan del principio de las nacionalidades y que están reñidos con la actual forma de la civilización y de la cultura, orientadas al intercambio rápido y acelerado, á la multiplicidad de comunicaciones, á lo que es la antítesis del nacionalismo; en resumen, hacia el cosmopolitismo.

*
* *

El principio de las nacionalidades es también, substancialmente, disociante, regresivo, analítico, y ha de obrar destruyendo y no construyendo.

La razón cabría encontrarla en la tendencia característica en los seguidores de tal principio de dejarse arras-

trar por el precedente histórico á un cierto romanticismo enamorado de los recuerdos medievales.

Pero la causa del mal es más honda; deriva de la esencia misma del principio de nacionalidad. Porque la comunidad de origen, de lengua, de costumbres y aun de vida en el pasado se dan mejor en cuanto se trate de un grupo social más diminuto.

Por eso el movimiento nacionalista asiéntase en todos lados sobre la base del regionalismo. En la región, por razón natural, hay más unidad geográfica que en el Estado; el temperamento climático se concreta; dentro de la raza determínase un sub-grupo étnico definido, y en lo referente al lenguaje, á la lengua originaria substituye, más ó menos distanciado de ella, el dialecto. La región no es una parte orgánica dentro del todo, como lo son, v. gr., la región torácica y la abdominal en el cuerpo humano; región viene de rey (*a rege*), porque en otros días fué un Estado aparte que tuvo quien, empuñando las riendas del Gobierno, desempeñase papel de monarca.

Este regionalismo destructor comienza con peticiones de autonomía; pero los secuaces más francos no se recatan de ocultar sus últimas aspiraciones. Dicen, como el señor Aranzadi, que á cada persona nacional, por reducida que sea, le asiste el derecho á la vida propia, para seguir su vocación ó cumplir su destino. «Medio necesario de vida es la libertad. Y ¿qué libertad es la que toda nación debe pretender? De suyo, toda libertad, la independencia plena». Y el Sr. Prat de la Riba, en su opúsculo *La nacionalidad catalana*, afirma «á cada nación un Estado: esta es la fórmula sintética del nacionalismo político, este es el hecho jurídico que ha de corresponder al hecho social de la nacionalidad».

Pero siguiendo con rigorismo lógico las consecuencias de la premisa de sus definiciones, la nación cabría encontrarla, mejor que en la región, en territorios aún más restringidos. La unidad geográfica hállase más visible en la cuenca de un solo río y aun en cada uno de los valles

de los afluentes que á él llevan su caudal. Dentro de cada región repártense variedades del mismo dialecto. Castilla, León, Murcia, Extremadura tienen algo de indeciso. En cambio, el Vallés, la Vera, la Rioja, el Baztán, la Sana-bria, la Maragatería, la Mancha, el Maestrazgo, las Alpujarras, el Bierzo, el Priorato, la Cerdaña, Campos, incluso las Batuecas ó las Hurdes, perduran conservando su individualidad. El concepto de nación, llevado hasta ese extremo, no repugna á nuestro idioma, que ateniéndose al antecedente filológico confundió en nuestro siglo de oro nación y tribu; así, cualquiera de nuestros clásicos historiadores podía decir, la nación carpetana, la de los olcades, la nación pelendona, como cualquiera de nuestros primeros cronistas y cosmógrafos de América afirmaba que en la nación de los *chontales* hay 1.600 tributarios, entiéndase contribuyentes, en 12 ó 13 aldeas míseras.

Esta noción de nación-tribu nos llevaría, dentro de cada ciudad, á los fueros distintos de barrio á barrio, á las luchas entre Capuletos y Montescos, y así llegaríamos á la nación familia, donde la comunidad de origen y costumbres es más sensible. Cada cual, como en la época del troglodita, viviría en su caverna, independiente, con independencia plena, si cabe, considerando al morador de la caverna vecina no como á otro humano, sino como á irreconciliable enemigo.

*
**

Por fortuna la sociedad, en su evolución y progreso, sigue opuestos rumbos.

En los tiempos antiquísimos cada grupo nacional trata de aislarse, mostrando aversión y odio al extranjero. El comercio ó la pica de los conquistadores rompieron el dañoso prejuicio, y de ello resultaron infinitas ventajas.

Venciendo los particularismos locales se llegó al Imperio romano, que extendió por todas partes la civilización y la cultura y que preparó al mundo para el adve-

nimiento de la predicación cristiana. En el Estado en que encarnó el gran Imperio fundiéronse todas las razas y todas las naciones. «In orbe Romano qui sunt ex constitutione imperatoris Antonini cives Romani effecti sunt». Van desapareciendo los *galli*, los *rhoeti*, los *itali*, los *iberi*, los *afri*, y no quedan más que *romanos*: enfrente de ellos los bárbaros, á los que se pretendió en vano traer á la vida civil. «¿Quis jam cognoscit—preguntaba Agustino—gentes in imperio Romano quae quid erant, quando omnes Romani facti sunt et omnes Romani dicuntur?» Los poetas no se cansan de aplaudir la magna obra.

Hæc est (Roma) in gremium victos quæ sola recepit,
Humanumque genus communi nomine fecit.

(Claudio).

Deus undique gentes
Inclinare caput docuit sub legibus iisdem,
Romanosque omnes fieri, quos Rhenus et Ister,
Quos Tagus aurifluus, quos magnus inundat Iberus.....
Jus fecit commune pares et nomine eodem
Nexuit et domitos fraterna in vincla redegit.

(Prudencio).

Fecisti patriam diversis gentibus unam,
Urbem fecisti quæ prius orbis erat.

(Rutilio Namaciano).

Y este Imperio, para demostrar que aunque tuvo á Roma por origen era mucho más que Roma, buscóse su nombre propio y se llamó *Romania*. Es vocablo que se encuentra en diversos escritores, como Paulo Orosio ó como Fortunato, quien dijo:

«Hinc cui Barbaries, illinc Romania plaudit».

Y la Romania, efectiva y viviente, engendró una conciencia social en el conjunto de sus territorios, que perdura aún y fundamenta la Rumania de ahora, que vé en

todas partes el recuerdo de Trajano: los campesinos de Moldavia y Valaquia entonan canciones en loor de el «hermoso y soberbio Danubio que á modo de collar ciñe la tierra rica en frutos de Aureliano el in igne».

¡Lucida andaría nuestra especie si Roma no hubiese hecho tabla rasa de Vettones, Vacceos, Vardulos, Autrigones, Alobroges, Volscos Tectosagos, Arvernos, Secuanos, Lingones, Menapios, Cenomanos, Senones, Sabinos, Hernicos y de tanta y tanta *nación* como deshizo con la espada!

A la caída de Roma el principio religioso sostiene Estados que podemos llamar super-nacionales. Tal es, verbi-gracia, el califato entre los islamitas. El mundo católico forma la Cristiandad. Y el espíritu que anima á este concepto de Cristiandad es muy superior al de todos los particularismos. El Papa está sobre los Reyes; los católicos integran ó pueden integrar una sola nación. Este es el sentir de la Iglesia, y así el dominico alavés P. Francisco de Vitoria, ya cuando el Pontificado hallábase muy lejos de su apogeo, aun propone y prueba la siguiente tesis: «Así como la mayor parte de la República puede constituir rey sobre la República, aun resistiéndose el resto de los ciudadanos, así la mayor parte de los cristianos, aun resistiéndose el resto, puede legítimamente crear un monarca al que obedezcan todos los príncipes y todas las provincias».

A su vez, mientras la invasión germánica convertía Europa en un semillero de naciones, una reacción incontrastable ciñó en la Ciudad Eterna la corona en las sienes de Carlo-Magno, originando con ello el ideal de un nuevo Imperio que debía ser tan extenso para lo temporal como era la Cristiandad para lo tocante á las almas, y que dió origen á la teoría de los dos luminares.

El espíritu local en aquella época de hierro ofreció formidables resistencias. El progreso, el adelanto, el recuerdo de la legislación y civilización de Roma dieron base á la creación de los grandes Estados de Occidente

que se han llamado nacionalidades y que en realidad serían Estados supernacionales. Castilla incorporó las provincias vascas, León, Asturias, Galicia, Andalucía, Extremadura y Murcia, y se unió luego con la Confederación aragonesa-catalana-valenciana-balear. El Rey de los franceses dominó sobre los de la lengua de Oc y sobre los de lengua de Oil, sobre las gentes de Aquitania y sobre los bretones, que conservan su idioma diferente. Inglaterra anexó poco á poco el país de Gales, Escocia é Irlanda.

La necesidad de resistir á la potencia de los grandes Estados de Occidente ó á los ataques de los turcos, creó otros grandes Estados en el Oriente y en el Centro de Europa: Polonia, Rusia y el conglomerado austro-húngaro. Y la necesidad de mantenerse entre los Estados dichos, hizo que los italianos y los alemanes buscasen la unidad política. La unión de Italia ó la de Alemania, obra una y otra constructiva y sintética, no son, mirándolo bien, el resultado del nacionalismo, sino que van contra el principio de las nacionalidades.

Dentro del territorio alemán había germanos más puros y otros mucho más mezclados con los celtas, había diferencias dialectales profundas, había pueblos con constituciones muy diferentes. Entre las Repúblicas ciudadanas del Norte y la autoritaria Prusia mediaba un abismo. Había también alemanes en Alsacia y Lorena que tenían perdida la conciencia de su solidaridad. La sangre y el fuego hicieron la unión.

Italia, «mera expresión geográfica», como diría Metternich, podría considerársela como un conglomerado de nacionalidades á las que juntó no el nacionalismo, sino la necesidad ó la conveniencia. El Apenino divide en dos la península. Los valles de los Alpes en nada se parecen á los paisajes sicilianos, ni la llanura lombarda al Latium de los antiguos. En siglos pasados hubo galos en el Po, que no era Italia, y helenos en la llamada Magna Grecia, como después germanos al Norte, bizantinos en el Centro, árabes en el Mediodía. Respecto á cultura, separa una

enorme distancia á la del florentino y á la del calabrés. En lo tocante á conciencia de la solidaridad, debe decirse no existió ó fué debilísima, cuando hasta fecha muy remota conservábanse Estados de formas políticas contrapuestas, pueblos que sostuvieron por su independencia recíproca sangrientas luchas, y si se afirma que tales pueblos formaban una sola nación y debían constituir el Estado único, cabría con análogas razones, afirmar otro tanto para todos los pueblos de Europa.

Lo que ha dado vida á los grandes Estados modernos, sin que Alemania ni Italia obedezcan á otra ley, es la necesidad de equilibrar y ponderar fuerzas. Obsérvese que la extensión superficial respectiva del Imperio austriaco, del alemán, de Francia y de España eran entre sí como 100, 86, 84 y 80. La proporción de habitantes entre Alemania, Austria-Hungría, Francia, Italia é Inglaterra era como 70, 50, 38, 32 y 40.

La marcha constructora y sintética de las sociedades políticas buscaba á última hora rumbos aún más amplios. Europa parecía iba á repartirse entre tres ó cuatro solos grandes grupos: el de los pan-eslavos á Oriente, el de los pan-latinos á Occidente y el de los pan-germanos en el Centro, que, incluyendo Holanda, Dinamarca y Escandinavia, proponíanse asimilar é incorporar todo el valle del Danubio y los Balkanes.

La gran guerra actuó como disolvente; ayudándose del principio nacionalista hizo labor regresiva y destructora. Hoy ocupa el mapa europeo un polvo de naciones que ha destrozado la obra de los siglos.

En la Europa de Oriente es frecuentísima la existencia é interposición de grupos reducidos de habitantes con raza, con lengua y con cultura muy distintas y que no están en condiciones de vivir aislados. El Imperio austro-húngaro, el Imperio ruso, el Imperio otomano inclusive, respondieron, pues, á una necesidad.

El último fué una continuación de Bizancio y venía á simbolizar la unificación de la península balcánica, el

enlace entre Asia y Europa. En Bizancio un puñado de griegos medio romanizados dominaba y representaba á una infinita variedad de gentes; como en Constantinopla el Sultán mandaba en griegos, en turcos, en armenios, en árabes, en sirios, en serbios, en búlgaros..... Mucho se ha desacreditado á Bizancio, aunque ya empiezan los actuales historiadores á hacerla más justicia. Y mucho se ha desacreditado también á los osmalíes; pero se comienza á ver que no son fácilmente reemplazables. Turquía debió servir de base á una Confederación asiático-balcánica, que no repugna á la geografía ni á la historia; recuérdese que en el Imperio persa entraron Macedonia y Tracia, recuérdese el Estado que fundó Alejandro Magno y recuérdese, en fin, el Imperio bizantino. Turquía quiso modernizarse, aceptar instituciones liberales, é incluso una Constitución; nada de esto satisfizo á los vecinos, ávidos de enriquecerse con sus despojos.

Rusia significó la lucha contra la raza amarilla y contra los germanos. Por eso crece por agregaciones, casi todas voluntarias, de Estados afines; así se entregó en 1653 al Czar Alejo la Ucrania. La labor realizada por Rusia en Europa avanzando hasta el mar Negro, expulsando á los tártaros, cerrando las puertas á nuevas invasiones, ha sido tan afortunada como meritoria. Asimiló Siberia, puso en explotación el Turquestán, llenó de colonias agrícolas las orillas del lejano Amur. Este Imperio gigante, uno de cuyos brazos tocaba en el Báltico y otro en el Pacífico, ejecutó empresas también gigantes, que pudieran tener por símbolo ese transiberiano tendido hasta Vladivostock.

De Austria se ha dicho que era un Estado artificial, mantenido por la previsión y cálculo de la familia de los Hapsburgos, á quienes se pinta como hábiles buscadores de bien dotadas herederas.—«Tu, felix Austria, nube».—Esto es inexacto. En la constitución del Imperio han entrado dos factores: uno de orden histórico (necesidad de agruparse frente á los osmanlis); otro impuesto por la

premisa geográfica. El Danubio, gran vía de pueblos, es elemento que enlaza y une. Los Alpes, y sobre todo las ramificaciones de los Alpes que interceptan la línea de dicho río, hacen un nudo de resistencia. La *marca austriaca* era el punto de partida del germanismo, valle abajo, y la *marca austriaca* era el núcleo de la reconquista frente á los pueblos que valle arriba querían pasar á la Europa de Occidente. Esto explica el por qué casi todos los antiguos reinos se sometieron voluntariamente, aunque impulsados por la necesidad de la unión, al cetro de los Emperadores. Ultimamente Austria, base para la actuación de toda la potencia económica de Alemania, con sus avanzadas en la suntuosa Buda-Pest, iba á la conquista del Oriente, con la mirada fija en Salónica y en Constantinopla.

El principio de nacionalidad todo lo ha trastornado, sin ventajas ni para el presente ni para el futuro. La antigua Rusia se ha descompuesto en once Repúblicas: Turquestán, Siberia, Rusia propia, Finlandia, Esthonia, Lettonia, Lituania, Polonia, Ucrania, Georgia y Cáucaso. El Imperio de los Hapsburgos se ha repartido entre Checo-Eslovaquia, Ucrania, Italia, Austria, Hungría, Yugo-Eslavia, Rumania y Polonia. Para dar una salida al Báltico á esta última se ha hecho preciso romper la unidad de territorio de Prusia, Austria, Checo-Eslovaquia y Hungría, sin acceso al mar, deben sufrir los inconvenientes de los Estados interiores.

Los Estados pequeños nunca pueden desarrollar, ni aun proporcionalmente, la labor civilizadora que los Estados poderosos. En el orden económico la potencia de los Estados que disfrutan de alta civilización crece con relación al número de moradores, no en progresión aritmética, sino en progresión geométrica. Ucrania, Lettonia, Esthonia, Lituania, etc., no valdrán nunca reunidas lo que la Rusia de antaño. Lo mismo ocurrirá con lo que fué hasta hace muy poco tiempo Austria-Hungría. Los Estados Unidos son lo que son por contar con cien millones

de habitantes y con un territorio casi tan grande como el de Europa.

La obra de los nacionalistas, tan equivocada y tan fatal como sus principios, detiene la marcha de la cultura y de la civilización, que irradiaba en Europa hacia el Sur y hacia el Este. Para salvar la herencia de nuestros mayores y los progresos realizados, urge reaccionar sobre los nacionalismos, y valiéndose del sistema federativo, de las incorporaciones mutuas, de procedimientos muy en boga allá por los siglos xv y xvi, volver á construir grandes Estados á base del cosmopolitismo, de la fraternidad universal, y con los que se pueda algún día convertir al mundo en una magna sociedad, dentro de la que nos consideremos todos como connacionales.

MARRUECOS Y TÁNGER, ESPAÑOLES

Conferencia pronunciada en sesión pública de la Real Sociedad Geográfica
el día 29 de Marzo de 1920

POR EL

Excmo. Sr. D. Emilio Bonelli.

SEÑORAS Y SEÑORES :

Tanto la Real Sociedad Geográfica como la Liga Africanista Española, han acordado fomentar un movimiento de opinión que atienda preferentemente á los sucesos que afecten á nuestra nacionalidad, de una manera decisiva y tal vez en plazo muy corto, por medio de conferencias y publicaciones varias, para divulgar nuestra prioridad de derechos en el Imperio de Marruecos, aportar la mayor suma posible de conocimientos sobre aquel país, exponiendo, al mismo tiempo, las causas, orígenes y procesos que motivan las dificultades con que ahora tropieza nuestra actuación en el Mogreb. Cumpla el mandato recibido, tan honroso como ineludible para mí, aun cuando no se me ocultan las dificultades que necesitaría vencer para llenar la misión que la Real Sociedad Geográfica y la Liga Africanista Española se proponen; porque hasta las buenas causas necesitan defensores hábiles é inteligentes, y yo creo que, en este caso concreto, á la elección no ha presidido el mejor acierto.

La propaganda de las ideas africanistas en la Real Sociedad Geográfica es antigua, casi puede decirse que empieza en los primeros trabajos realizados por la Sociedad, con algún intervalo de interrupción, más ó menos corto,

debida á condiciones de apatía, inercia ó frivolidad, producto de nuestro clima y del temperamento de nuestra raza; pero cuando el peligro amenaza á los sentimientos patrios, surge vibrante la protesta y la propaganda adquiere una expansión ó resonancia tan importante como la que se reflejaba en el Congreso de Geografía Colonial del año 1883. En este inolvidable certamen tomaron parte los prestigios más sólidos de la ciencia, de la literatura y de la política españolas; entre ellos figuraban Cánovas, Saavedra, Coello, Moret, Carvajal, Balaguer y, además de otros que sería muy difícil recordar en este momento, Costa, quien pronunció el discurso más brillante y de mayor enjundia que produjo su genio.

Allí quedó consignado, sin discrepancias por parte de elementos tan distanciados en ideas políticas, que cualquier atentado que pusiese en peligro la integridad del Imperio marroquí por una Potencia extranjera, debería considerarse como *casus belli* para nuestra Patria.

Esta afirmación pudiera considerarse por algunos algo aventurada y poco en armonía con los sucesos desarrollados en tiempos no lejanos; por lo cual yo tengo que razonarla y aun justificarla. Aquel Congreso se verificaba estando todavía reciente la celebración de las Conferencias llamadas de Madrid. Esas Conferencias, de carácter internacional, fueron reunidas por el Sr. Cánovas del Castillo, entonces Presidente del Consejo de Ministros, con objeto de atajar trabajos de zapa que se venían haciendo por algunas naciones, para minar los cimientos fundamentales del Imperio de Marruecos. Pero el resultado de aquellas negociaciones diplomáticas sólo á medias pudo ser satisfactorio, pues allí quedaron exteriorizados, en forma más ó menos velada, propósitos ó tendencias de algunas Potencias poco tranquilizadores para el porvenir de cuanto constituye el baluarte principal de nuestra independencia. Por consiguiente, la propaganda entonces hecha y las afirmaciones de aquel Congreso, tenían por objeto ratificar los acuerdos con gran tesón defendidos por el Sr. Cánovas

del Castillo en la Conferencia citada, y revelar á la opinión pública el peligro que amenazaba al sostenimiento de la soberanía de Marruecos, al mismo tiempo que á nuestra independencia, á fin de evitar en lo posible sus funestas consecuencias.

Las circunstancias actuales son de extrema gravedad. La guerra ha originado un desequilibrio en todos los valores mundiales; pero, sobre todo, un desbordamiento de ambiciones de dominio, ante las cuales conviene reverdecer aquellos juicios, con tanta previsión emitidos, y preparar la opinión, renovando la propaganda iniciada al fundarse nuestra Sociedad Geográfica—continuada después por la Liga Africanista Española como hijuela de aquélla—y procurar salir á la defensa de todos los derechos políticos, militares y económicos que para nuestra Patria representa Marruecos.

Además, es necesario contrarrestar esas campañas de violencias, esa forma despectiva que emplean contra España los colonistas franceses en sus Boletines y prensa diaria.

Confieso, reconozco, antes de que nadie nos moteje de inhábiles, que no dominamos el arte de falsear los hechos y de ponernos á tono con las modalidades de la literatura periodística de nuestros vecinos; que desconocemos la forma de moldear los pensamientos según propias conveniencias, empleando tópicos y arrogancias que solamente pueden hacer mella en cuantos viven de la opinión formada por ajenos impulsos; pero nos sobran argumentos para defender nuestro derecho é impedir atropellos que afecten á cuanto sea fundamental para nuestra nacionalidad.

Verdaderamente incalificable es la forma en que contra nosotros se producen. Uno de los adjetivos que nos aplican es el de «advenedizos en Africa», y esto da la medida del temple de las armas que emplean para suplantarnos con-

tra toda lógica y razón. Pero á través de su peculiar fraseología, la verdad, por oculta que se encuentre, aparece en la superficie.

España pudiera justificar sus derechos de prioridad en Africa de tiempo bien antiguo, en los primeros pobladores de la Península, en razones étnicas y etimológicas y también de raza; pero no hay necesidad de acudir á épocas tan lejanas. Desde principios del siglo xvi, en realidad, España no ha dejado de actuar en Africa. Sucesos varios, hechos diversos, comprueban esa actuación de una manera efectiva, y al mismo tiempo, los actos heroicos que en la Historia aparecen consignados. Ahí están para atestiguarlo los vestigios que aún se conservan en Túnez, Argel y Orán; pero no es oportuno en estos momentos, porque sería alargar demasiado esta charla, reseñar aquellas gloriosas efemérides de nuestra dominación y conquistas en Africa desde principios del siglo xvi; pero sin medir la importancia que tienen, yo creo que no deben echarse en olvido, porque son tan sorprendentes y tan trascendentales las mutaciones del tiempo, que tal vez conviniera en alguna ocasión tenerlas en cuenta para lo que pueda ocurrir en el orden internacional.

Prescindiendo de otras consideraciones, para poner de relieve los hechos que España ha realizado en Africa me trasladaré, con la imaginación, al Muluya, para, también imaginativamente, recorrer esa gran macizo del Atlas hasta tropezar con el Océano Atlántico, frente á nuestro incomparable Archipiélago canario. Aquí pudiéramos detenernos, porque de aquellas islas partieron importantes expediciones al Continente africano, donde aún se conservan restos de fortalezas y factorías establecidas en aquel litoral y vestigios de las relaciones mantenidas con los naturales del país, que representan otros aspectos de los trabajos ejecutados en Africa por los españoles; pero esto también daría demasiadas proporciones á mi disertación, y quiero, en lo posible, abusar el menor espacio de tiempo de vuestra atención. Circunscribiré, pues, mis observacio-

nes al espacio comprendido por la vuelta imaginaria que antes he supuesto, desde el Muluya hasta el Océano, y limitado por parte importantísima del Mediterráneo y Atlántico que más nos interesa.

Ante todo, es conveniente hacer alguna referencia de lo que representaba el Imperio de Marruecos, no ya en el siglo XVI, como queda dicho, sino en el XVIII y hasta cerca de mediados del XIX, á fin de demostrar que no somos «advenedizos» en Africa, ni existen derechos que por su antigüedad y valía puedan superar á los nuestros.

Porque los pueblos de Europa se encontraban, en los dominios del Soberano del Mogreb, en una situación verdaderamente precaria, sometidos á la altanería y arrogancia de los Sultanes y á las humillaciones de que eran víctimas por parte de todos sus súbditos. Representaba para los europeos un país en cierto modo tenebroso, de infranqueable penetración por los grandes peligros que habrían de afrontarse, y confirmaban estos recelos y cautelosa prudencia las tentativas de invasión que registran los hechos de algunas naciones, con resultados desastrosos. Pero donde mejor se refleja la tiranía despótica y altanera que tenían que sufrir todos los súbditos de los Estados de Europa ante las autoridades del Imperio de Marruecos, es en varios Tratados que el Sultán se dignó concertar con algunas naciones. Es este un estudio de grande interés, que recomiendo á cuantos quieran conocer la verdadera historia de Marruecos. Tuve ocasión de traducir algunos de esos Tratados, como ejercicios en el idioma árabe, y de estas traducciones conservo, en parte, los concertados con Holanda el año 1753; con Suecia, el 1762; con Dinamarca, el 1767, y con Francia, el 1775 (1). Es un es-

(1) Tratados que se citan:

Con Dinamarca. Concertado el año 1181 de la Hégira, que corresponde al 1767.

Con siete Estados de Holanda y el Sultán Muley Abd-Al-lah. Año 1166 de la Hégira. Corresponde al 1753.

Con Suecia y el Sultán Abi-Abd-Al-lah. Año 1176 de la Hégira. Corresponde al 1762.

tudio que pone de relieve las dificultades de nuestra actuación en Ceuta y Melilla para dejar á salvo nuestra dignidad, sin reparar en la magnitud de los sacrificios que necesitábamos derrochar.

En todos estos Convenios se rinde vasallaje á la Majestad Jerifiana y se acatan las más inconcebibles exigencias. Entre esos Tratados á que me refiero, el celebrado con Francia el año 1775 aparecen cláusulas como la siguiente:

El Sultán accede á que los barcos franceses que fondeen en sus puertos desembarquen tan sólo las mercancías que les convenga, permaneciendo á bordo las que no sean motivo de tráfico, sin pago de derechos; y la condescendencia del Sultán se manifiesta obligando tan sólo á devolver todo cautivo refugiado en buque francés; pero de consumarse el delito, el Capitán del barco sería objeto de terrible castigo, y al Gobierno se le exigirían grandes responsabilidades, por haber admitido bajo sus banderas á un cautivo. No obstante, la benignidad de los Sultanes permitía que en caso de que uno de estos desertores desapareciese y se averiguase que había embarcado en un buque francés, el Gobierno del Sultán exigiría á Francia la devolución inmediata; pero no haría responsable en la persona del Cónsul la falta cometida, al permitir que se evadiese en un barco de su nacionalidad aquel cautivo del Imperio de Marruecos.

El vasallaje á los Sultanes quedó anulado, en la parte que atañe á entrega de cañones, pólvora y madera, por un acuerdo de 1845. Estas entregas debían hacerse anualmente, ó en su defecto abonar 25.000 duros, para merecer ciertas consideraciones de las autoridades Jerifianas. Todo lo cual prueba que ningún pueblo se consideraba en condiciones, ó con los elementos necesarios, para imponer respeto á los súbditos del Príncipe de los Creyentes.

Francia, harta de sufrir las impertinencias y arrogan-

Con Francia y el Sultán Muley Mohamed Ben Abd-Al-lah. Año 1187 de la Hégira. Corresponde al 1775.

cias de los Sultanes, decidió enviar en 1844 una escuadra que emprendiese una acción naval de represalia, mandada por el Príncipe Joinville, la cual bombardeó los puertos de Salé y Mogador, adoptando verdadero lujo de precauciones. Pero á estas expediciones militares, cuando no tienen por objetivo una invasión decidida, no les conceden grande importancia los mahometanos; las consideran como una de esas calamidades que arrasan las cosechas y que están dispuestas por leyes divinas, por designios de aquél que todo lo puede y que todo lo ha creado. Casi podría afirmarse que el bombardeo, y momentáneo desembarco en Mogador, envalentonó á los hijos del Profeta, pues al siguiente año Francia, á pesar de las victorias conseguidas en Argelia, tuvo que llegar á un acuerdo para que el Emperador de Marruecos no protegiese á los rebeldes de Argelia; á lo cual el Sultán accedió con la condición de que si Francia capturaba, por cualquier causa al famoso Ab-El-Kader, lo trataría con todo género de miramientos.

*
* *

Todo cuanto aparece en los hechos consignados puede servir para formar juicio más completo de la situación que hemos atravesado en esta parte del Continente africano, con respecto á Ceuta y Melilla. En tan largo período de tiempo se suceden de continuo luchas violentas con los indígenas, teniendo que realizar en ocasiones verdaderas heroicidades para mantener incólume el prestigio y la soberanía de España en tan importantes plazas del Mediterráneo y Estrecho de Gibraltar. La diferencia entre nuestra actuación y la de las demás naciones es incomparable, y conviene recordarlo á fin de que resplandezca mejor la injusticia y arbitrariedad que representa el querer usurpar nuestros derechos.

Sucesos harto conocidos, reiteradas agresiones á nuestros dominios y osadías que no podía tolerar nuestra díg-

nidad, obligaron á España á emprender aquella gloriosa campaña que empieza en la batalla del Serrallo, el año 1859, y termina en los campos de Uad Ras, con la sumisión de todas las fuerzas que mandaba tan prestigioso caudillo como Muley el Abbás, ante nuestro imponderable Ejército.

Las consecuencias de aquella serie continuada de victorias contra un enemigo aguerrido, valiente y fanático hasta el estoicismo, fueron enormes. Nuestra fuerza moral adquiere porporciones nunca conocidas, y nadie se atreve entonces á disputarnos la completa preponderancia y hegemonía en los dominios Jerifianos. Todavía no son del dominio público toda la importancia y la trascendencia de los sucesos que entonces se desarrollaron. En la forma de pedir la paz Muley el Abbás al General en Jefe del Ejército español, basta para comprender que aquella altanería de las autoridades y de los Sultanes se transformaba en actos de reconocimiento de nuestra superioridad y de respeto al vencedor, á quien consideraban como digno rival de los guerreros musulmanes.

En realidad, el mérito es mayor, porque el Ejército español se ha batido en Africa, el año 1859 y parte del 1860, siempre en condiciones de inferioridad numérica grande; y á medida que avanzaba en territorio enemigo las dificultades de abastecimientos aumentaban teniendo que recorrer caminos y comarcas que eran completamente desconocidos para nuestros Generales y nuestros Jefes. No se ocultaban á Muley el Abbás las condiciones en que las operaciones militares se realizaban, pero transigió con las condiciones que el General O'Donnell le impuso convencido de que toda resistencia sería estéril para la victoria y perjudicial para su país.

España, fiel á su historia, no tiene por costumbre humillar al vencido, ni los móviles de sus sacrificios se inspiran en pujas de conquistas ó alardes de imperialismo; y mucho menos cuando el enemigo se presenta reconociendo su inferioridad. La paz de Uad Ras en vez de atraernos odios

y venganzas, como ocurre en otras guerras, produjo una corriente de respeto, no exento de simpatía, por todo el país hacia los españoles; y los Generales que tan sangrientas derrotas les infligieron son los que más admiración inspiran entre los indígenas.

Cuando Muley el Abbás se presentó á su hermano, el Sultán de Marruecos, para darle cuenta de todo lo ocurrido y del resultado de la campaña, lo primero que le preguntó es que ¿quién era Prim? Muley el Abbás le contestó: «Mira, Yo no te lo puedo decir. No te puedo explicar qué clase de persona es Prim; lo que sí te aseguro es que si Prim tuviese alas conquistaría la luna».

Este es el concepto que de nosotros tenían los moros cuando terminó aquella campaña en los campos de Uad Ras. España, entonces, en vez de arrollar á los enemigos, sometiénolos á cruel vasallaje según el espíritu imperialista que domina en otras partes, procedió á sentar las bases para organizar el país más justa y moralmente, darle los elementos de vida para que ingresasen en un orden de civilización distinta á la que entonces tenía, y al mismo tiempo, utilizar sus grandes medios de producción en ventaja del comercio del mundo. El musulmán, árabe ó bereber, que tiene un fino instinto de percepción, comprendió cuáles eran los ideales y las intenciones de España, aceptando sin reparo la consecuencias de aquella serie de victorias, de que antes os he hablado, del Ejército español, admirablemente secundado por nuestra Marina, y que aparecen condensados en un Tratado de paz y comercio celebrado posteriormente, que conviene examinar, aunque esto sea en forma sintética, para que se destaque mejor toda la importancia que ha tenido para el desarrollo del tráfico de todo el universo y acrecentamiento de la riqueza del país. De ese Tratado de comercio nace toda la nueva vida que tiene actualmente el Imperio de Marruecos.

Por la cláusula de «Nación más favorecida» que figura en casi todos los Tratados, aparece España en Marruecos como protectora de todos los europeos; abriendo al

comercio mundial sus puertas y vastos mercados; regulando los derechos de importación y exportación, por medio de un Arancel que facilitaba las transacciones, antes sometidas al capricho de autócratas soberanos; organizando el servicio de fiscalización aduanera; imponiendo á los indígenas el respeto á los cristianos en todos los dominios del Sultán, y transformando los centros oficiales de carácter político y administrativo, con ventajas para el Tesoro Jerifiano é instrumento de mayor prosperidad en la riqueza agrícola y mercantil del país.

¡Y aún se atreven los colonistas franceses á llamarnos «advenedizos en Africa», cuando fuimos los que con nuestra sangre, con nuestro esfuerzo, con nuestro prestigio, con nuestra influencia, abrimos los puertos del Imperio marroquí á la industria y al comercio, y garantizamos el respeto á su personas y sus bienes! (*Muy bien; muy bien*).

He aquí, sintetizada, la situación de España en el Mogreb. Entre las novedades introducidas en este Tratado—yo no conozco otro que reuna iguales condiciones—jamás implantadas en dominios del Sultán,—hay un acuerdo importantísimo: un Arancel de importación y otro de exportación. Sabido es que el Imperio de Marruecos estaba cerrado casi herméticamente al comercio; que España, al favorecer el tráfico en todos los puertos del litoral, reduciendo trabas y gravámenes, lo hacía completamente consciente de que se establecería una competencia bastante peligrosa para nuestra industria. Pero estas no son atenuantes que pueden influir en el cambio de conducta y sentimientos del pueblo español. Prescinde de egoísmos, desdeña ventajas que pudiera reportarle su privilegiada situación en el Mogreb, y generaliza los beneficios á todas las naciones, sin dejar margen alguno de protección especial para su industria ó su comercio, que, por condiciones especiales, habrían de quedar postergados en los beneficios que allí se concedían.

Conviene insistir. En ese Tratado se puso en vigor un Arancel de importación, y los derechos que establece son

ad valorem, como medio más eficaz de favorecer todo lo posible al comercio y, al mismo tiempo, la manera de igualar todas las relaciones mercantiles, lo mismo de los nacionales de España que de los extranjeros; pero si el Arancel de importación tiene una trascendencia grande, todavía la tiene mayor el de exportación, donde figuran los artículos de producción del país con gravámenes distintos y determinados, según su mayor rendimiento agrícola, que constituye su especial riqueza para las transacciones. El impuesto menor se aplicó á los productos cuya recolección es más abundante; un impuesto algo mayor á aquellos que son de menor producción, y casi prohibitivos á los que pueden ser necesarios á los indígenas en épocas de malas cosechas ó calamidades públicas, ó bien por constituir elementos auxiliares para la agricultura. Se observa, pues, una decidida protección al comercio mundial, sin perjuicio para la existencia de las poblaciones indígenas ni detrimento de los elementos indispensables para acrecentar los recursos del país y procurar la intensificación de los trabajos que deben aumentar la riqueza de los naturales, con el mayor producto de sus privilegiadas tierras.

Para crear el organismo administrativo que había de ejecutar las cláusulas del Tratado de Comercio, en su letra y espíritu, nuestro Ministro utilizó, de una manera admirable, la intervención que en las Aduanas nos concedía el Sultán de Marruecos para cancelar las dos terceras partes de la indemnización de guerra estipulada en el Convenio que puso término á aquella memorable campaña. Esa intervención fué el principio de la organización administrativa del Imperio, antes desconocida, y base de la implantación de costumbres moralizadoras en determinadas relaciones sociales.

Administradores de Aduanas habían existido siempre; pero sus emolumentos eran irrisorios, y, por consiguiente, estaba justificado que fueran venales y arbitrarios sus procedimientos. La primera reforma imprescindible consistía en la designación de personal y atribuciones de los em-

pleados para la implantación de servicios, en armonía con lo pactado. Nuestro Ministro en Tánger, de acuerdo con el Sultán y su Ministro de Negocios Extranjeros, dispuso que en cada Aduana hubiese un administrador de la localidad y otro de una de las capitales del interior, cargo que sólo podían desempeñar durante dos años. Señalaron sueldos fijos, remuneradores, y al administrador de Aduanas que había de venir de un punto del interior para ejercer su cargo durante esos dos años, se le asignó una gratificación de residencia equivalente á la mitad del sueldo. De esta manera, con los Adules, ó sea Notarios, dos por cada dependencia, y el personal subalterno indispensable, quedaba establecido el servicio de Aduanas. Luego se atendió á la reglamentación de la acción fiscal, á la organización de los centros político-administrativos que habían de estar más en relación con los elementos europeos, á fin de procurar la igualdad tributaria en el tráfico de todas las naciones del mundo, sin rozamientos con los indígenas en servicios afectos á nuestra fiscalización, armonizando la manera de mejorar las condiciones de existencia y acrecentamiento de los intereses de los indígenas.

Aquí tengo que hacer una pequeña digresión. Como nuestra Patria no sentía impaciencias para abreviar el término de la intervención, subordinando, como siempre, los intereses materiales á cuanto representa prestigio é influencia moral, se limitó á nombrar en cada puerto del litoral habilitado al comercio un empleado que se titulaba Recaudador, confiando el cargo de interventor á los Vicecónsules, los cuales desempeñaron este cometido muy acertadamente, muy abnegadamente, muy patrióticamente, puesto que la única remuneración que tenían por este servicio era sufragar, de su bolsillo particular, los quebrantos de moneda y demás perjuicios inherentes á esta misión.

El Recaudador español en las Aduanas tenía la misión casi exclusiva de vigilar los aforos y asientos en los libros, presenciar las operaciones fiscales é intervenir

siempre que hubiese divergencias justificadas en la tasación de géneros entre el consignatario de la mercancía y el administrador marroquí, inclinándose á favor del consignatario con objeto de favorecer todo lo que pudiera al comercio, sin reparar en nacionalidades ni clases.

Conviene recordar todos estos antecedentes como demostración de la política seguida por España después de la paz de Uad-Ras, puesto que incesantemente se moteja nuestra administración de torpe é inmoral, perturbadora de toda acción progresiva, cuando á pesar de sus defectos, que no tratamos de ocultar, pudiera servir de modelo á otros pueblos más utilitarios y absorbentes, pero maestros consumados en hipocresía, no exenta de habilidad para encubrir procedimientos reprobables ó pasionales egoísmos.

Con esta conducta, la hegemonía de España en el Magreb resultó incuestionable. Su acción enérgica con las autoridades para variar los procedimientos que antes empleaban, la seguridad que inspiraban todos los caminos y la completa garantía que tenían todas las mercancías que habían de llevarse al interior, dan á aquel país un aspecto completamente distinto al que, como he dicho antes, tenía á mediados del siglo XVIII y principios del XIX. España disfrutaba de todos los elementos, todas las condiciones para ejercer esa hegemonía sin apartarse del mismo trato de «nación favorecida» que habían de tener los extranjeros. Jamás hubo allí motivo para verdaderos conflictos entre españoles y marroquíes. El año 1882 recorrí gran parte del territorio de la cuenca del Sebú y su afluente el Redam, visitando entre otras poblaciones á Fez y Mequinez; iba completamente solo y no recibí más que muestras de consideraciones de toda aquella gente. Pocos años después se estableció una misión militar de nuestro Cuerpo de Estado Mayor, con objeto de levantar planos y hacer otros trabajos topográficos; los resultados obtenidos fueron verdaderamente notabilísimos, y aquellos Jefes y Oficiales, que se pasaban en el campo semanas

y meses entre aduares y cabileños, solamente atenciones, respeto y consideración merecían de los indígenas. Hubo también una misión de brillantes Jefes y Oficiales cerca del Sultán de Marruecos, que le acompañaban en su expedición y recorrieron cuantos puntos necesitaban conocer para cumplir su misión, sin que jamás dieran motivo á ninguna reclamación, á ningún conflicto con los indígenas del país. No puede argüirse del mismo modo con respecto á otras naciones; pero como todas las comparaciones son enojosas, no deseo que conmigo se enoje nadie por pequeñeces que no afectan de una manera muy directa al reconocimiento de los derechos de mi Patria.

Como uno de los argumentos que se emplean continuamente para demostrar que España no ha conseguido en el Mogreb ni ventajas, ni prestigio, ni influencia alguna sobre los indígenas, pretendiendo justificar que otros países tienen ascendiente y superior dominio con las autoridades y más simpatías con los núcleos de mayor población, voy á referir un hecho que creo muy importante y á propósito para reflejar las condiciones en que nuestra política se desarrollaba en el Mogreb, el ambiente respetuoso y sumiso que la rodeaba y la gallardía de nuestros procedimientos, en lucha siempre contra ajenas asechanzas. Porque las victorias de España tuvieron un efecto material considerable, un efecto real, positivo, tangible, para los extranjeros especialmente. Nosotros, en la parte material no logramos ventajas decisivas en la competencia de los nuevos mercados abiertos al comercio por propio esfuerzo; pero en cambio conseguimos una superioridad moral de gran trascendencia para la humanidad, porque aquellas autoridades Jerifianas y el mismo Sultán reconocieron la integridad y nobleza de nuestra conducta, así como el decidido propósito de hacer que prevaleciese la justicia; y á sus decisiones se sometían siempre en sus relaciones políticas imponiendo ejemplar castigo contra los atentados al derecho de gentes.

El hecho que voy á referir, entre otros muchos que po-

drían citarse, es típico en Marruecos por la forma de desarrollarse. Hubo en Tetuán un médico hebreo, de nacionalidad austriaca, que tuvo la desdicha de que se le muriese una de sus clientes (lo cual es muy corriente entre los médicos); y el hijo de la difunta, llamado Ben Aisa, tal vez mal aconsejado, creyó que el médico la había matado inconsciente ó voluntariamente, y obsesionado por esta idea anunció que saldría al campo y mataría á cuantos hebreos se alejasen de la población de Tetuán, para vengar á su madre. Puso en práctica su proyecto, cometiendo varios asesinatos, mientras el Cuerpo diplomático y consular discutía qué determinación podría adoptarse, puesto que Ben Aisa tenía especial cuidado de elegir sus víctimas entre aquellos que no estaban bajo la protección de ninguna nación extranjera.

Una tarde Ben Aisa se dirigió al cementerio de los hebreos; allí encuentra reunidas unas cuantas mujeres orando sobre las tumbas de sus muertos; gumia en mano acomete á todas y hiere gravemente á algunas. Entonces el Ministro de España en Tánger, á fin de poner término á semejantes atentados, adopta la resolución de intervenir sin consultar con sus colegas, y por medio de una intriga muy diplomática, pero muy hábil, sin detrimento de las atribuciones y prestigios de las autoridades locales, envía una intimación al Gobernador de Tetuán para que á las veinticuatro horas entregase al Cónsul de España á Ben Aisa, vivo ó muerto. El Bajá de Tetuán recibió la intimación, y dió la casualidad—estas casualidades se repiten cuando las circunstancias apremian—de que en aquellos momentos recibió también una denuncia indicando el sitio donde se encontraba el asesino de los hebreos. Aquel mismo día, antes de mediar la noche, el Bajá de Tetuán reunió sus fuerzas, cercó las chozas, jaimas ó *nuualas* del punto señalado por el denunciador, y al amanecer las llamas invadieron las citadas chozas y en la huída quedó muerto Ben Aisa. Su cadáver estuvo colgado en la Plaza de España, en Tetuán, durante tres días, á fin de tranquilizar

á los judíos, pues motivos justificados tenían para estar alarmados.

De este modo ejercía siempre España su autoridad, empleando su prestigio en defensa del desvalido, sin pretender que nadie se lo agradezca, sin lastimar susceptibilidades ajenas y procurando que su conducta se amoldase á las imposiciones del derecho, como base de todo progreso en pueblos de costumbres primitivas.



Sobre la utilización que debe reportarnos la zona Norte del Protectorado de España en Marruecos, y reseña detallada de los medios que es necesario emplear para conseguir una explotación racional, en armonía con las condiciones colonizadoras de nuestra raza, convendría exponer los diversos problemas económicos que esta labor representa, á fin de rectificar opiniones que, sin duda por negligencia en estudios de carácter geográfico y colonial, se difunden entre las masas, con grave perjuicio de los intereses más sagrados para la Patria.

Esta exposición no cabe en los límites de una *charla*, dedicada á comentar hechos y sucesos.

Porque el territorio del Mogreb reúne la misma climatología que el de la Península ibérica. Su régimen ó sistemas hidrográfico y orográfico son casi semejantes, y los rasgos principales de las razas que lo habitan no se distinguen tampoco mucho de las características de las de acá del Estrecho; de tal modo que el español, al trasladarse á Marruecos, no siente la sensación del cambio, ni experimenta molestias para aclimatarse, ni tiene tampoco necesidad de variar sus costumbres para adaptarlas á su nueva residencia.

Algunos han supuesto, con lamentable ligereza, que la zona que á nosotros nos corresponde en Marruecos no sólo es la más *ingrata*, sino también la menos *productiva*; esto no es cierto. En el orden político la región asignada á Es-

paña es de una importancia imponderable é insuperable. Abarca el litoral que comprende dos mares, en su parte más concurrida de todas las vías comerciales y marítimas del Mediterráneo y el Océano Atlántico.

Además de la importancia de la navegación que surca sus aguas, tenemos en ese litoral las principales vías de penetración en gran parte del Continente africano, comprendiendo puntos de enlace de tráfico con Europa y con los elementos de más vitalidad y de más trascendencia para el porvenir de España. Porque todas las comunicaciones que recorran esa comarca africana, no sólo de la zona francesa, sino también de regiones más distantes, necesariamente han de pasar por nuestro territorio.

Consignada la importancia que en el orden político tiene nuestra zona citada, no considero superfluo añadir algunas consideraciones respecto á la producción para demostrar que no hay razón ninguna para calificar aquella comarca como la menos productiva del Mogreb. En primer lugar, por esa semejanza que existe entre la Península y Marruecos, puedo afirmaros que es la continuación de nuestro solar andaluz, y por lo tanto, dentro de esa continuación del territorio nacional tropezaríamos en Larache con la misma exuberante vegetación y producción agrícola, y la enorme riqueza que pueda representar desde el punto de vista de la industria pecuaria; Tetuán, con sus frondosas vegas y hermosos valles, donde se producen toda clase de cultivos y frutos más estimados en Europa; llegaríamos á Gomara, comprendiendo en ella la parte de Xexauen, con sus extensos y hermosos bosques de preciadas maderas; Alhucemas, que tiene un valle en la cuenca del Necor, que considero puede competir con la vega de Granada, y el macizo de poblados montes, entre los cuales se destaca Yebel Hamam, cuya explotación ha de figurar en cercano porvenir como el mayor, ó uno de los mayores centros del movimiento de explotación; y en fin, Melilla, que atesora en su suelo tal cantidad de diversos minerales que representan un emporio de riqueza á generaciones futuras,

cuando la colonización de aquel territorio sea perfecta. Fundados en estas apreciaciones no creo exista motivo para que algunos pretendan que la zona que á nosotros nos ha correspondido es la más improductiva, y al mismo tiempo la más ingrata.

Las dificultades con que tropezaron en los primeros tiempos—muchas de ellas ya vencidas—para la utilización de estos territorios, son de carácter eventual, efímero. Cuando el estudio de esta comarca destierre prejuicios injustificados, la razón desvanezca errores de improvisación y el propio interés aniquile el imperio de los osados, se modificarán sin grandes esfuerzos las condiciones de explotación, y casi automáticamente, movidos por iguales aspiraciones, se transformarán los antagonismos entre indígenas y cristianos en amigables consorcios para aumentar los elementos de trabajo que requieren aquellos campos, á fin de convertirlos en centros de espléndida producción.

Reflexionando con serenidad de juicio, contemplando estas cuestiones desde un plano en que las suspicacias no turben los sentidos ni ahoguen la voz del patriotismo, fácilmente se desvanecerán ciertos temores de que en Marruecos se desarrolle la competencia á la exportación nacional de los productos que hoy disfrutan de verdadero monopolio en mercados de Europa. En sentido inverso debiera plantearse este problema, puesto que hallándose en nuestras manos el medio de proceder en el resurgimiento de la explotación del suelo y subsuelo del Protectorado español, el aumento de productos pondrá á nuestro alcance la mejor intensificación de la industria, por la abundancia de primeras materias, de las que en la actualidad somos tributarios del extranjero, y el medio de regular una gran parte de los mercados de nuestro continente y aun de continentes más alejados. En cambio, si este desarrollo y perfeccionamiento agrícola se realizase por cualquier otra Potencia, empleando seguramente el insustituible colono español, los mercados que hoy casi nos pertenecen en ab-

soluto serían abastecidos por extraños intereses en una competencia tal vez ruinosa.

Todo lo cual no es obstáculo para conceder á la zona de Francia la importancia comercial y agrícola que le corresponde. En producción de cereales aventaja á la nuestra. Solamente la *Chauia*, *Ducala* y *Abda*, con un cultivo intensivo, bastarían para atender el consumo del Imperio marroquí, sobrando un buen margen para la exportación. Un proverbio árabe, ponderando la recolección usual en esta comarca, dice: «Si Ducala fuese doble (en extensión), la carga de trigo que puede conducir un camello costaría cinco céntimos».

No son menos fértiles las cuencas del Bu-Regreg, Sebú, Redam, Uarga y otros valles, los montes que rodean á Mequinez y Fez, cabilas como las de Zemur, Zair, etc., y alguna que otra región minera. Por consiguiente, sin desconocer los elementos que Francia posee para la explotación de su zona de Marruecos, y considerando sus ventajas desde el punto de vista de la extensión superficial que fué asignada á cada una de las Potencias en que se divide hoy el Protectorado, yo tengo la firmísima creencia de que, tanto en el orden político como en el económico, nos ha correspondido la mejor parte.

Sería pueril alarde de ocultación de la realidad no consignar las dificultades de una campaña en región montañosa, de elevados promontorios y abrupto paisaje. Aunque no exenta de estos inconvenientes, la zona francesa ofrece muchas más ventajas. Cuando la lucha se sostiene por pueblos guerreros, valientes, impulsados por el patriotismo, sobrios, que dominan el arte de aprovechar todas aquellas escabrosidades y las utilizan para una guerra defensiva, los sacrificios que impone al invasor son enormes. Conociendo el enemigo todas las veredas, todos los senderos, todos los atajos, todos los accidentes del terreno, sus movimientos suelen ser desconcertantes por los medios que posee para la maniobra de esconderse, huir, esquivar ataques ó sorprender al contrario.

En esta clase de guerras, el único elemento que se puede emplear para contrarrestar sus inconvenientes con resultados eficaces, dentro de una situación de violencia —que yo no patrocino—, son las fuerzas indígenas; pero estas milicias han sido creadas cuando ya las hostilidades estaban rotas y sin la preparación adecuada al servicio que debían desempeñar.

Con tiempo sobrado, con grande antelación, se propuso reiteradamente la organización de milicias reclutadas con los elementos más escogidos del país, las condiciones de sus servicios y localización de fuerzas; si entonces se hubiera hecho, tal vez no habríamos llegado á la situación en que nos hemos encontrado en diversas ocasiones.

Afortunadamente, el mal se va remediando. Pero hay también otras causas, origen de contrariedad y motivo para retardar el restablecimiento de la normalidad. No negamos los aciertos de la política colonial francesa; pero nuestros improvisados directores han pretendido tomarla como modelo, sin espulgar sus muchos defectos. Entre estos defectos los hay de capital importancia. La transformación de un país no se verifica sin larga preparación, á medida, á gusto, á capricho y en el tiempo que quiere el invasor; la supresión de los organismos sociales existentes, el desprestigio de aquellas instituciones que tienen entre los musulmanes un origen divino, constituye una de las mayores torpezas que han podido cometerse en Marruecos, porque nos hemos privado del arma más poderosa, del instrumento más eficaz para reducir á la obediencia á aquellos elementos que anidan en esas montañas y que son los que han de causar más sacrificios, hasta lograr la total pacificación del país. Sin contar con instituciones respetadas por tradición fanática, que allí tienen gran arraigo; sin el apoyo de elementos importantes en todas las clases sociales, que han conquistado y monopolizan el respeto y la adhesión de los suyos, la política de pacificación será de resultados tardíos y ha de originar muchas dificulta-

des. Estas torpezas, estas equivocaciones, las pagan muy caras los pueblos.

Afortunadamente, el sistema que nosotros empleamos ahora modifica los términos en que se planteó la política del Protectorado.

Espero que no hemos de tardar en resolver este problema por sus verdaderos métodos, á medida que se conozca mejor la psicología de los musulmanes. A la pacificación ha de preceder la compenetración de árabes y bereberes con los españoles, convenciendo á los indígenas de que nuestra actuación es opuesta al vasallaje, á la expropiación de sus bienes, al atentado á sus costumbres ó tradiciones, sino protectora de los derechos creados y ajustada á la moralidad en la administración, respeto á la autoridad y mantenimiento del orden.

El desprestigio de la institución Jerifiana es una lamentable obsesión de funestas consecuencias. Se ha inutilizado el resorte, la máquina más importante para dominar masas irreductibles, sólo respetuosas con la autoridad del Sultán, y especialmente de los Schorfas más prestigiosos. Pero estos inconvenientes desaparecerán cuando participen en la política y administración del Protectorado aquellos que son de su raza, que son de su religión, que tienen los mismos instintos y que están más en contacto con ellos para imponer sus órdenes. No es aventurado afirmar que al implantarse este régimen la transformación será completa, la fusión de intereses para aumentar la riqueza é intensificar la agricultura traerá aparejada una unión íntima entre cristianos (llamo cristianos para que el concepto sea general) y moros, y este consorcio se afianzará en perfecta armonía colonizadora con el arraigo de la fuerza expansiva y de asimilación reconocida universalmente á la raza española por su compenetración con todos los pueblos donde se ha establecido.

Observando estos primordiales fines de nuestra actuación política y militar en el Mogreb, aquellas escabrosidades del terreno que ahora son albergue, nidos de rebeldes,

se convertirán—siguiendo un sistema que ya se ha puesto en práctica—en verdaderos caminos ó vías modernas por donde circule el comercio y la producción mundial. Tengo también la seguridad de que, aparte otros productos, en esa región montañesa que encierra inmensos tesoros en minerales y los más valiosos recursos para una industria pecuaria próspera, se crearán fuentes inagotables de producción, cuyos rendimientos facilitarán, de manera considerable, la expansión de la colonia española y florecimiento de grandes industrias.

*
* *

Hora es ya de ocuparnos de cuanto puede afectar á Tánger, problema de palpitante actualidad, de inmensa trascendencia para España.

El establecimiento de una soberanía extraña al otro lado del Estrecho de Gibraltar sería para nuestra Patria una amenaza, y más que una amenaza un inminente peligro para su independencia. En los momentos por que Europa atraviesa, sin freno toda clase de ambiciones, Tánger es para España cuestión de su existencia como nación, y en su defensa ha de afrontar toda clase de consecuencias, por grande que sea la gravedad que revistan.

Tánger es hoy el punto donde convergen las miras de Francia, en condiciones verdaderamente depresivas para nosotros, porque Francia es la que menos podía pretender el dominio sobre este puerto, por su historia y Convenios internacionales. Tánger fué—repetirlo conviene—ocupado por los romanos; Tánger estuvo también ocupado por los portugueses; allí se establecieron los ingleses y los españoles, y, en general, las ambiciones sobre Tánger siempre han sido constantes en aquellos países que han dedicado algún interés á su Marina mercante. Los únicos que no han estado en Tánger como dominadores ó conquistadores han sido los franceses.

Los que se forjaron ilusiones en la internacionaliza-

ción de Tánger, como plataforma para suavizar rozamientos y evitar conflictos, están ya convencidos de que el remedio es peor que la enfermedad. Es un régimen que nadie quiere, ni razonablemente puede defenderse.

Serenamente, revistiéndonos de la mayor prudencia posible, examinaremos las causas de la importancia que debe concederse á Tánger, la trascendencia que puede ejercer en el porvenir y los derechos de España para que forme parte inseparable de nuestra zona de Protectorado. Claro está que para conservar esa serenidad y prudencia tendremos necesidad de prescindir de los argumentos que emplean los colonistas franceses á fin de justificar ó reivindicar su soberanía en aquel puerto, de sus alardes de fuerza, de los atropellos cometidos, de su actuación administrativa y de los procedimientos que adoptan como si ya fuesen dueños y soberanos de aquel territorio, donde sólo el carácter de verdaderos «advenedizos» les corresponde.

A la situación topográfica que Tánger tiene en el Estrecho de Gibraltar y las ventajas que ofrece á las comunicaciones con el Continente europeo, hay que añadir la importancia extraordinaria que ha tenido como capital del Imperio marroquí, porque era la residencia oficial del Cuerpo diplomático acreditado cerca de la Majestad Jerifiana del Sultán. En realidad allí se desarrollan todas las gestiones internacionales; llevando la representación del Príncipe de los creyentes su Ministro de Relaciones extranjeras.

Los Sultanes de Marruecos, empleando subterfugios de gran habilidad política, han procurado rehuir el contacto con las naciones europeas y sus representantes; y no teniendo residencia fija, alejaban asechanzas, podían esquivar sus reclamaciones, modificar el giro de las negociaciones, meditar concienzudamente los acuerdos sin apremios de tiempo y desvanecer conflictos, que á veces presentaban caracteres alarmantes.

Estas ventajas que conseguía el Sultán, en cuanto á

la política exterior se refiere, eran también aprovechadas, con sus continuos viajes, para el mantenimiento de su autocrática autoridad, haciendo frecuentes actos de presencia en las tribus más rebeldes ó indómitas, á fin de lograr se amoldasen al vasallaje y exacciones de tributos arbitrarios.

Nuestra actuación política en Tánger se destaca sobre las de todas las naciones, á pesar de los medios puestos en juego para contrarrestar el ascendiente de España entre los indígenas. Esta preponderancia es ya antigua; pero después de nuestra campaña de Tetuán, Tánger se convierte en una población casi española. El comercio, la industria, son españoles; á nuestros compatriotas se deben todas las iniciativas y adelantos que allí se instalan, todas las mejoras que necesita la población; nuestra colonia conserva y mantiene la superioridad, con respecto á las demás extranjeras, en el número y la propiedad rústica y urbana; español el idioma que predomina, y, por consiguiente, su incontrastable supremacía para asimilarse los elementos más valiosos de su población indígena.

En honor á la verdad, consignaré que en los últimos tiempos se ha desarrollado una fiebre de adquisición de terrenos por extranjeros, utilizando las ventajas que ofrecen ciertos establecimientos bancarios, y especialmente el Banco de Estado que se halla monopolizado por Francia. Estas adquisiciones se sostienen con la serie de empréstitos que gravan las obligaciones del Imperio de Marruecos—que antes no tenía deuda alguna—y que figuran como recursos aplicados á obras públicas ó servicios del Majzen, hábilmente explotados por sus administradores.

Pero este nuevo sistema de explotación de países que aún conservan profundas huellas de remotos tiempos, no basta á quitar á Tánger su ambiente español, en cualquier concepto que se le considere, y nadie podrá disputarnos que los organismos de progreso en la vida social, los servicios indispensables para el sostenimiento de relaciones de la actividad moderna, como Correos, luz eléctrica, telé-

fonos y otros adelantos, por españoles fueron implantados.

A aumentar el carácter español de esta ciudad contribuye el numeroso contingente hebreo, que emplea nuestro idioma, no sólo en Tánger, sino también en todos los puertos del litoral y capitales del Mogreb. Por reconocimiento expícito de concurrir todas estas condiciones en la población de esta ciudad, se acordó en las Conferencias de Algeciras que fueran mandadas por Jefes, Oficiales y clases del Ejército español las fuerzas indígenas de policía, encargadas de sostener en el interior de este puerto el orden y seguridad de sus vecinos.

Entre las nuevas modalidades más sorprendentes de la política internacional figura, á nuestra juicio, la absurda pretensión de que la soberanía del Sultán impere en Tánger. Sin duda los colonistas franceses nos han tomado como habitantes de una sucursal del Limbo. Podrá haber quien inconscientemente labore contra su patria; pero en su inocencia, no creo. Si esta ficción fuese realizable, el dominio de Francia sería indiscutible, absoluto. Las majestades precarias creadas en Marruecos, no cuentan con prestigio alguno entre los creyentes—verdadera desdicha para la pacificación del país, que no se encarecerá nunca lo suficientemente por mucho que se repita—, y su autoridad se halla mediatizada, esclavizada, por la voluntad del Representante de la nación protectora, quien necesita promulgar sus Dahirs, ó Decretos para que tengan fuerza legal.

Pero, además, instalada la soberanía del Sultán—ó dominio de Francia—en Tánger, la anulación de nuestro Protectorado sería inmediata, los conflictos constantes y las complicaciones de incalculable trascendencia en el orden político, militar y administrativo. Semejante escarnio no puede prevalecer; es preciso plantear el problema con firme propósito de resolverlo conforme al espíritu y la letra del Tratado de 1904, con la demarcación lógica de fronteras que exige nuestra defensa nacional.

Ahora bien; Tánger no debe equipararse á Tetuán ni á

Larache. Por su situación en el Estrecho de Gibraltar y demás condiciones que en esta ciudad concurren, Tánger debe de tener un régimen de excepción dentro del orden económico y político. Este puerto será siempre el más preferido y frecuentado de todos los del Imperio de Marruecos por las grandes líneas de navegación mundial; pues si bien en la actualidad su bahía no ofrece completas garantías á las operaciones de embarco y desembarco, por deficiente gestión administrativa de las proyectadas obras de puerto, siempre facilitará mayor abrigo á toda clase de embarcaciones que las radas del litoral marroquí, como Larache, Rabat, Casablanca, Mazagán, Saffi ó Mogador, donde las operaciones resultan más penosas y en ocasiones son puertos inabordables.

Cuando se halle establecido el servicio del ferrocarril llamado de «Tánger-Fez», vía de comunicación principal del Imperio y de penetración en Africa, tengo por seguro que Tánger será el centro de abastecimiento de Fez y Mequinez, desde cuyas capitales irradiará el tráfico á grandes aglomeraciones de poblados, como conducto más seguro y, en cierto modo, más económico para la navegación y el comercio, no sólo de la zona de Protectorado francesa, sino también de una parte muy importante del Continente africano.

En estas condiciones, no se puede negar al puerto de Tánger un régimen especial, en primer término, para el comercio con el interior de Marruecos. Desligados de ambiciones imperialistas y sin aspiraciones á ensanchar nuestras fronteras, no puede preocuparnos cuantas ventajas se concedan al comercio de tránsito, aun conscientes de que en la competencia industrial resultemos vencidos. Fieles á nuestra historia, que desconoce esos egoísmos cada día más arraigados en los pueblos erigidos espontáneamente en defensores de la civilización, debemos implantar en Tánger un sistema económico y tributario que favorezca igualmente los intereses de todas las naciones. Este régimen, establecido por Convenios especiales, pudiera

fundarse en la supresión de toda clase de trabas y gravámenes al tráfico de mercancías destinadas fuera de la zona del Protectorado de España; facilidades para las operaciones de acción fiscal de Aduanas, y creación de depósitos francos comerciales. Completarían estas franquicias y ventajas un acuerdo internacional para asegurar la libre navegación del Estrecho de Gibraltar y mantener en su puerto las leyes de neutralidad en épocas anormales.

Solamente España puede ofrecer al mundo garantías de cumplir estos compromisos. Lo acreditan los hechos más brillantes de su historia y la misma política internacional observada en Marruecos. Nuestra raza repele los sentimientos de odio y venganza, que mantienen en perpetua zozobra á la humanidad, que originan diarios conflictos y que son causa de periódicas y cada vez más sangrientas y salvajes guerras.

Pero tampoco tolera despojos arbitrarios que afectan á su dignidad ó á su existencia nacional. Unicamente, pues, estableciendo en Tánger la soberanía del Jalifa bajo el protectorado de España, como puerto especial é indispensable de su zona, podrá conseguirse la perfecta armonía que debe reinar entre las dos Potencias mandatarias de Europa en el Mogreb. Con procedimientos contrarios la lucha será continua, violenta y en condiciones deplorables; pero se mantendrá sin desmayos ni interrupciones hasta que España reivindique sus derechos.

Pondremos, en fin, término á esta demasiado lata disertación, concretando nuestros ideales en esta afirmación irrevocable:

En Tánger sólo puede ondear la bandera marroquí al lado de la española.

(Grandes y prolongados aplausos).

HASI-UENZGA

Un año hace, ó poco más, que los franceses tuvieron á bien ocupar el puesto ó lugar así llamado, extendiéndose después por gran parte de la cuenca del Igán (Kert) y por consiguiente en territorio del Guerruao, al Sur de Melilla.

Es un país agreste y pintoresco, con monte y matorral, alguna que otra huerta, chumberas, *hasis* ó pozos y algunas *dayas*, hondonadas que en ciertas épocas del año se llenan de agua y en otras aparecen cubiertas de vegetación.

Según los Tratados, todo el país del Kert debe ser español; la frontera corresponde á la divisoria entre la cuenca del Kert por un lado, y las del Muluya é Inauen por otro.

Los franceses pretenden hacer valer el supuesto de que el Guerruao ó país del Alto Igán es una cubeta, una hondonada donde el agua no corre, sino que se filtra. Por consiguiente, es un caso excepcional; las aguas no van ni al Kert ni al Muluya.

No hay tal caso; las aguas se filtran en unas partes, se estancan en otras formando pozos y lagunas; pero las hay también que no se filtran ni se estancan, puesto que *de allí sale el Igán afluente del Kert, ya convertido en río* (1).

Sin embargo, esto de que las aguas, por correr hacia el Kert cuando suben y rebasan el borde de la hondonada, formen parte de la cuenca de dicho río, esto—escribe el *Bulletin du Comité de l'Afrique française*—es un argumento sin valor!..... Y punto redondo.

Mas sea lo que fuere, la solución ha de proponerla la Comisión militar hispanofrancesa que en la actualidad estudia la topografía de la zona correspondiente á la línea divisoria de aguas. ó sea la frontera por aquella parte entre los Protectorados español y francés.

R. B. R.

(1) Véase artículo y croquis de R. Beltrán Rózpide en la *Revista Marruecos*, de Enero 1920.